

Nº20 Noviembre 2023

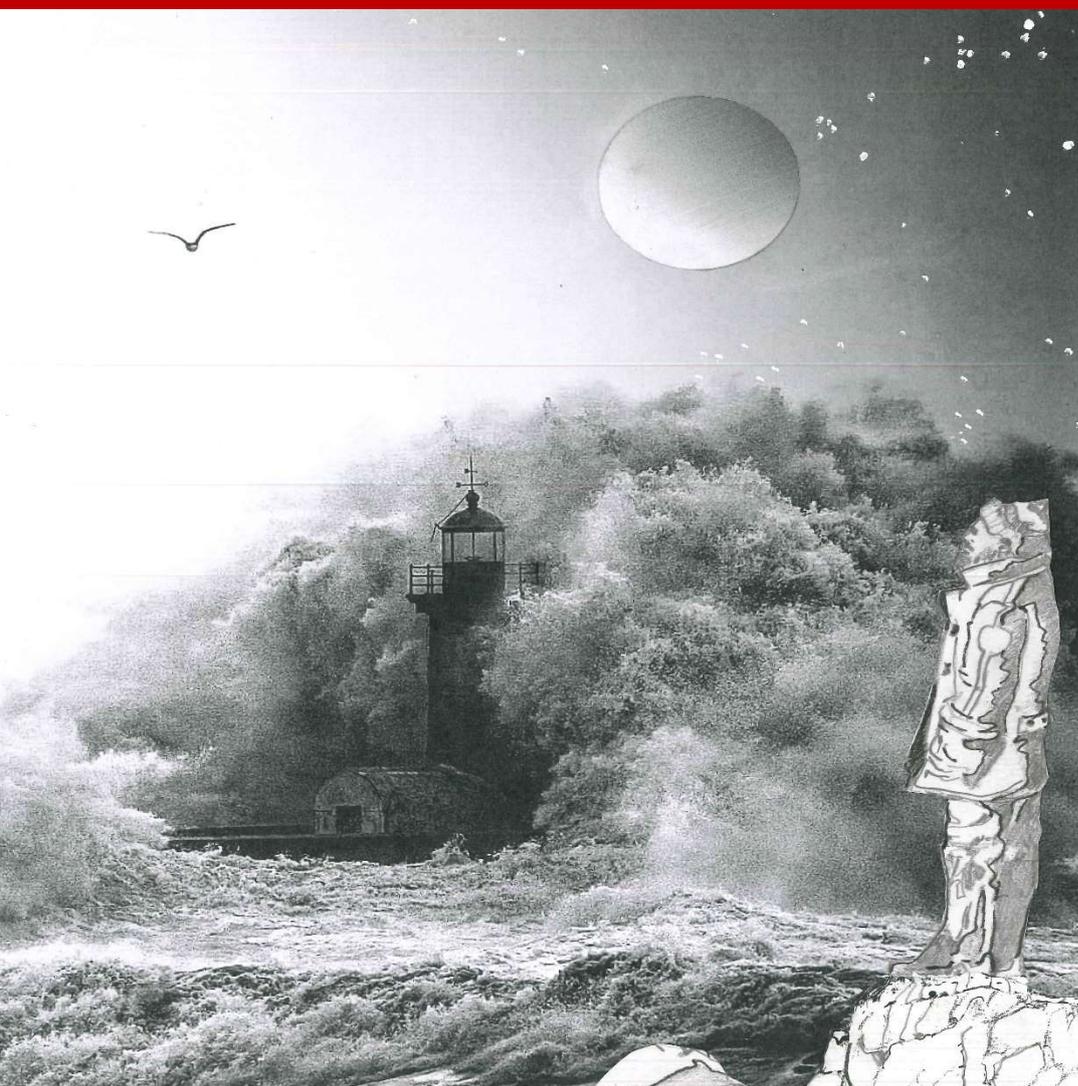
El guardián del faro

Daniel Molina Ruffini



En este número

ELENA RIVERO BARRERA
FERNANDO BUSTOS ODZOMEK
RUBÉN MARTÍN
JORGE DE SANTAELLA
NICOLA J. SABROSO PALOMINO
II CONCURSO ILUSTRACIÓN
DANY ADATTO
ELENA HERNANDO PUENTE
MAX VALOIS
ISABELLA MARINELLI
CARLOS E. GUEDEA
JORGE ETCHEVERRY
ADELA ORELLANA
ESTEBAN RODRÍGUEZ ARROYO
EDINSON MARTÍNEZ
CHRISTIANE VENTRE
CARLOS ENRIQUE BLANCO
MIGUEL PANISELLO PLA
ANTONIO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ
EROS
GABRIEL ALBASINI
MATEO MADSON
INGRID LEVY
JORGE SANTHOS
SILVIA ANDREA
JULIO I. SÁNCHEZ VILLANUEVA
CONY PEDRAZA



Hace años que vivo en el faro acompañado por el mar con sus olas azules, a veces tempestuosas, otras veces en calma. De vez en cuando, habitantes de un planeta lejano me visitan, son recuerdos de la infancia que caminan junto a mí ya que, soy el responsable que vayan a mi lado, mirándome como polizontes asustados. Algunos dicen que tenemos una breve eternidad que nos permite durante la noche, ver el futuro o el pasado, como sea porque desde aquella aparición sobre las aguas del mar, ya no distingo el cielo del infierno; los niños del lugar me llaman: El guardián del faro pero, ya no se acercan como antes. Son las tres de la madrugada, levanto mi vista al cielo, a estas horas las estrellas parecen afiebradas y, el parpadeo de sus corazones de diamantes es muy agitado presienten quizás, el peligro que está embalsamado en el espacio o, temen al igual que yo, su derrota con la llegada del amanecer. Entonces decido bajar por la sinuosa ladera que rodea al faro y, con gran asombro mis ojos mortales se detienen ante siniestra isla de tierra neutra. (Daniel Molina Ruffini)

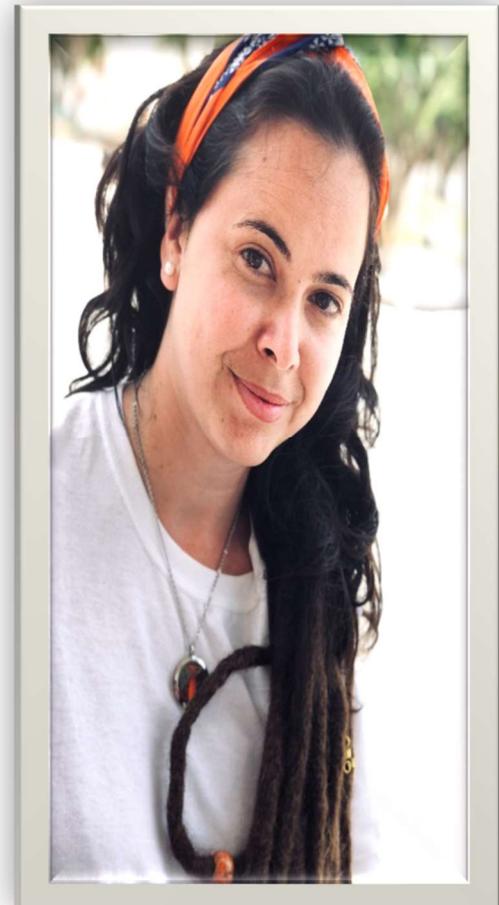
Con voz de mujer

Cuando la vida habita en el cuerpo de una mujer

**Clavas tus ojos en este cuerpo deshabitado.
Dios parece caer para descansar en mi pecho.
Es difícil querer vivir después de invernar en tus montañas
no volverán a besarme los tulipanes
que pasen los salmones, las golondrinas,
pero no pases tu inocencia.**

**Memorizo cada resguardo de tu cuerpo para regresar
aunque solo sea un espejismo en mi evocación
Este solo será un día, nuestro día, ya no existirán más.
No mueras con el alba
y ampárame de morir pobre.
Que tu aliento sea mío, tuyas mis tetas,
mi vientre y este cuerpo bañado de sudor:
no durmamos,
hagámonos eternas**

Elena Rivero Barrera, escritora y poeta cubana nacida en La Habana, en 1992. Estudiante de Gestión Sociocultural para el Desarrollo. Graduada del Curso de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Entre los premios que ha recibido se encuentra la Beca El Caballo de Coral. Cuenta con publicaciones en revistas y antologías en países como Cuba, Chile, España, Venezuela y Brasil.



editorial **Estamos creciendo**

Nunca está de más volver a los orígenes desde una madurez conquistada, a menudo entristecida por los cambios de un mundo convulso y unas relaciones sociales cada vez más difíciles. Por eso quiero ahora recordar a Caminante, el mentor de la revista, y su figura, ya lejana pero siempre presente.

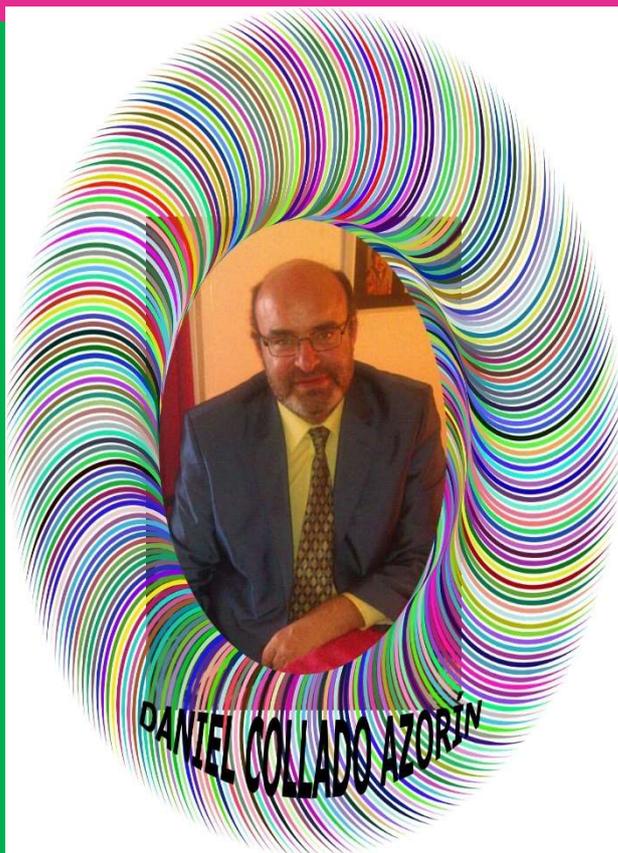
Y es curioso que muchos le denominaban poeta (sería por aquello de loco) cuando él no escribía versos y sí dibujaba. Es preciso traerlo a la memoria ahora que para paliar el pálido invierno me he decidido a convocar el Concurso de Ilustración (segunda edición) con su colorido y que está dedicado a su nombre, igual que la revista. Para mí es un placer que difícilmente es sustituible por otra cosa, sobre todo ahora que considero que ya he dado lo mejor de mí en el campo de la poesía y que dibujar, que me gustaba tanto de niño, es ahora una asignatura pendiente que me hace envidiar sanamente a los que tienen ese talento.

Gracias a la página escritores.org. y a los servicios de Mundoarti.com más Facebook la revista está creciendo no solo en España sino mucho y con mi agrado en Latinoamérica. El propio Caminante fue un fan proselitista de la Hispanidad, (desde luego no en lo histórico), lo cual no viene mal traer al presente ahora que tan invadidos estamos por el mundo anglosajón y su influencia, a veces perniciosa, en nuestro lenguaje del día a día.

Conviene recordar que para ser feliz es preciso valorar lo propio y también precisamente por ello, porque es una seña inequívoca de identidad, aparece lo indígena frente al extranjero. No siempre lo que viene de fuera es mejor. Y esta probablemente sea la única verdad que sustenta los nacionalismos, si bien se cuele por ellos cierto tufillo a tradición mal entendida (y aún a veces inventada) que no para en el correr de los tiempos y en las mezcolanzas que siempre se produjeron en los tiempos fértiles de la civilización, a la que cada país aporta algo.

Por eso seas de donde seas eres bienvenido en revista Caminante. Dinos tu lugar, tu patria chica y agita tu bandera. Mándanos tu foto de un lugar querido. Porque todos precisamos de un lugar donde sentirnos bien y ser nosotros mismos y es a ese lugar donde pertenecemos aunque las circunstancias nos lleven a otro sitio. Por lo menos desde la literatura podremos hacer comunidad. Estamos creciendo.





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº20 Noviembre 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros
Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

Cartas al editor

Conversaciones con escritores

Sócrates se negó a escribir libros porque pensaba que la mejor manera de dictar sus clases era a través del diálogo. Y aunque esté de acuerdo, cada vez que abro un libro siento que estoy iniciando una conversación con quién lo escribió.

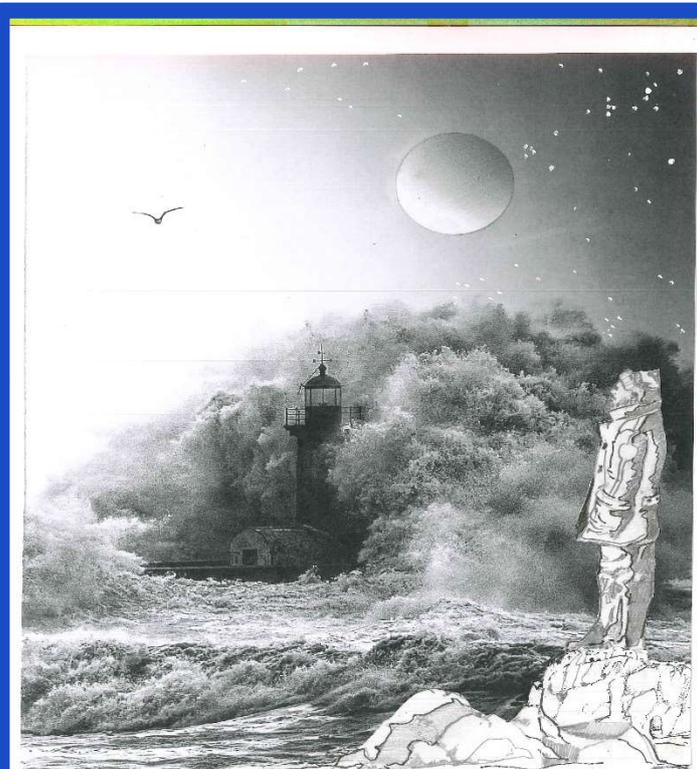
Me gusta comprar libros usados, porque leerlos es como sentarse a tomar un café entre amigos. Con el autor y con todos los lectores que subrayaron y escribieron anotaciones al margen.

Fernando Bustos Odzomek

Hola Daniel! ¡Qué emoción! Muy hermoso el contenido de la última edición.

Voy a tomarme una foto esta semana y la adjunto lo antes posible. Muchísimas gracias!

Isabella Marinelli



El guardián del faro

Daniel Molina Ruffini

LOS HOMBRES DEL LADO DERECHO

Rubén Martín

Stefan andaba entre susurrantes rezos, cuando prestó oídos al rítmico taloneo de unoszuecos de madera. El rezagado sumaba entre las caras nuevas que acababan de incorporarse aquella misma semana al barracón. Yacía a su lado, en la litera baja que compartían junto a otros dos sujetos, justo en el trocito de camastro que había dejado libre Dominik. Abstraído en sus pensamientos, oyó con desinterés las emocionadas palabras de aquel hombre sin nombre. Stefan ya se encontraba refugiado en un apagado mundo interior. —

Los inicios en aquel ignominioso lugar habían contado con la generosa mano de Dominik... Un entrañable ser, que disfrutaba en el ir y venir de unas duraderas estancias en la luna. De los pocos internados que no había desconectado de su verdadera esencia; alguien que se desgastaba por el prójimo para transformar tanto miedos como sufrimientos en algo de serenidad y paz interna.

Les faltaba desde hacía diez noches. Acabaron con él a las cinco de la madrugada; tal vez por un postrero acto de despistada confianza. Había encarado la hora del temprano recuento sabedor de que afrontaba la última formación. Embutido en el rayado abrigo de tela rústica, no se atrevió a mirar a los ojos del oficial de las SS que le disparó en la gran plaza de revistas. Durante la noche, le habían substraído la gorra reglamentaria y, según la normativa, su falta suponía la irremediable ejecución del infractor—.

A un palmo de distancia, Stefan volvió a observar a aquel magiar con la nariz fracturada. Su cara —apaleada por los guardias del campo como guiño de bienvenida— aún no reflejaba haber conocido lo más hondo del horror. Una sonrisa le valía para celebrar la llegada de las Pascuas: Antes de acceder al barracón, había oído a los oficiales alemanes cantar villancicos. Stefan se obligó a corresponderla. Casi había relegado al olvido la última sonrisa liberada en aquel emplazamiento. El recuerdo de la primera ocasión en que Dominik le ofreció una de sus amables expresiones y un cachito de la luna, porque a su manera Dominik siempre atendía al momento sin juzgar, le hizo reflexionar. La presencia no solo guarda relación con la no ausencia sino con el no evitar las situaciones del presente. Stefan se propuso que los pequeños gestos hacia los demás dejaran de pertenecer al mismo pasado remoto en el que aún daba importancia a acontecimientos como la Navidad. Estaba vivo y, para poder sobrevivir un día más, todos iban a necesitar una porción de los otros.

CIELOS

¿Por qué existen silencios como ríos?
Magda Portal

Vientos azules que saltan
sobre los litorales del pacífico sur
despeinan y alborozan los cabellos
de pájaros heridos
¡Ay, pensar que yo sería
Pescador de criaturas sin nombre
nocturnas soñadoras silenciosas como ríos

Ahora estoy aquí, en la soledad del viento
como espuma de mar hecha nube
Pescador de cielos sin estrellas
navegante de viajes neurasténicos
domador de embravecidos lirios

Dormido escribo vientos desvaídos
vientos azules de madrugadas transitadas
vientos que estallan como soles
astros tristes barcos estelares
viento que es noche dislocada
protesta desesperada destructor batir de alas

Allí estoy, donde una estrella
se apaga lentamente
pescando sueños de criaturas sin nombre
de los bolsillos se me caen leves los alientos.

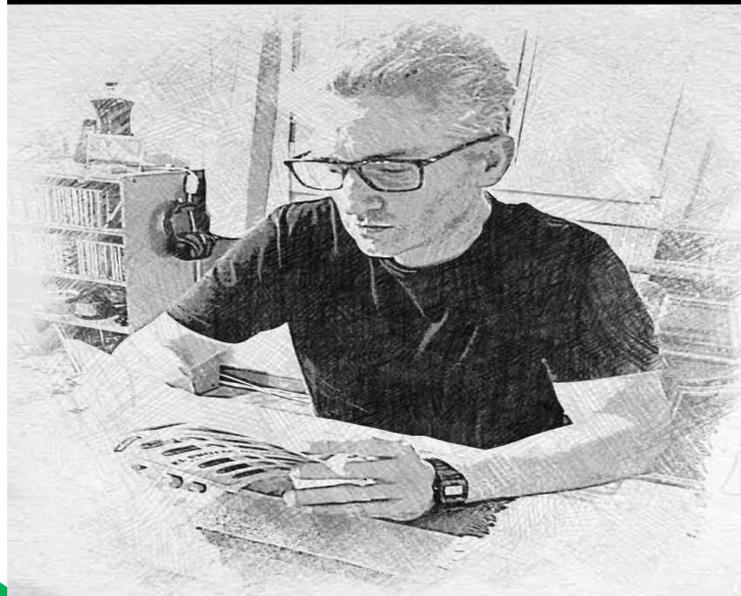
Nicola J.
Sabroso
Palomino

Morada

Que tu morada o navío
sean la luz y la claridad,
el rayo luminoso,
los resplandores, el sol
que ilumina el día; que
prevalezca por encima
de toda esa esfera blanca
que es el amor con
mayúsculas.

Volveré al principio,
cuando la semilla de la
harina o la mostaza
empezó
a crecer.

Jorge de Santaella





II CONCURSO DE ILUSTRACIÓN CAMINANTE 2023

BASES

1º PODRÁ PARTICIPAR TODO AUTOR, MAYOR DE EDAD, QUE LO DESEE, SIN DISTINCIÓN DE NACIONALIDAD O RESIDENCIA, QUE PRESENTE SUS TRABAJOS EN TIEMPO Y FORMA AQUÍ ESTABLECIDOS. PODRÁN PRESENTARSE CUANTAS OBRAS SE DESEEN.

2º CARACTERÍSTICAS DE LAS OBRAS A PRESENTAR: ORIGINALES E INÉDITAS, INCLUYENDO WEB, NO PUDIENDO ESTAR PRESENTADAS A OTROS PREMIOS; TAMAÑO MÍNIMO DE 10X13 Y MÁXIMO DE 21X27. TEMA LIBRE. A COLOR. SE RECHAZARÁ CUALQUIER OBRA QUE VULNERE LOS DERECHOS HUMANOS, O SUPONGA ATAQUE U OFENSA HACIA COLECTIVOS VULNERABLES Y/O MARGINALES. LAS ILUSTRACIONES PODRÁN, DENTRO DE ELLAS, LLEVAR FRASE, TÍTULO, EXPLICATIVA O COMO PARTE DE LA COMPOSICIÓN QUE NO PODRÁ SUPERAR LOS 60 CARACTERES.

3º FORMA DE PRESENTACIÓN: SE HARÁ EXCLUSIVAMENTE EN FORMATO DIGITAL (JPEG, O TIFF) DRIGIENDOLAS AL MAIL DE LA REVISTA ESPECIAMENTE@GMAIL.COM, DESDE EL 1 DE OCTUBRE HASTA EL 30 DE NOVIEMBRE. EN EL CORREO DEBERÁN CONSTAR DOS ARCHIVOS: LA OBRA PRESENTADA CON SU TÍTULO, Y DOCUMENTO PDF (NO WORD) CON LOS SIGUIENTES DATOS IDENTIFICATIVOS DEL AUTOR: NOMBRE, APELLIDOS, DIRECCIÓN, FECHA DE NACIMIENTO, LUGAR DE RESIDENCIA, Y TELEFONO Y MAIL DE CONTACTO. EN EL MISMO DOCUMENTO SE HARÁ UNA DECLARACIÓN JURADA RESPONDIENDO DE LA AUTORIA DE LA OBRA. EL NOMBRE DEL ARCHIVO SERÁ EL MISMO DE LA OBRA PRESENTADA MÁS UN SEUDÓNIMO. EN EL ASUNTO DEL MAIL SE PONDRÁ" PARA EL II CONCURSO DE ILUSTRACION CAMINANTE".

4º FORMA DEL CONCURSO: EN SU NÚMERO DEL MES DE DICIEMBRE Y EN LA PÁGINA REVISTA CAMINANTE DE FACEBOOK, LA REVISTA CAMINANTE PUBLICARÁ LA LISTA (y VIDEO) DE TODOS LOS PARTICIPANTES. DURANTE EL MES DE DICIEMBRE DELIBERARÁ EL JURADO UNA SELECCIÓN DE 15 FINALISTAS, QUE SE HARÁ PÚBLICO EN LA REVISTA DEL MES DE ENERO Y EN EL FACEBOOK DE REVISTA CAMINANTE MEDIANTE VIDEO. EN EL NÚMERO DE FEBRERO SE HARÁN PÚBLICOS LOS NOMBRES DE LOS TRABAJOS PREMIADOS, EN LA REVISTA PRIMERO Y EN LA PAGINA REVISTA CAMINANTE DE FACEBOOK, MEDIANTE VIDEO, PROCEDIENDO A CONTACTAR CON LOS AUTORES.

5º SE ESTABLECEN LOS SIGUIENTES PREMIOS: 1 PREMIO: 160 EUROS; DOS SEGUNDOS PREMIOS 80 EUROS; DOS TERCEROS PREMIOS DE 40 EUROS; Y 10 FINALISTAS 20 EUROS. LAS OBRAS PREMIADAS QUEDARÁN EN PROPIEDAD DE LA REVISTA CAMINANTE. EXCLUSIVAMENTE PARA LA PUBLICACIÓN EN LA REVISTA. LA CUANTÍA DE LOS PREMIOS SE CONSIDERARÁ REMUNERACIÓN COMPLETA DE LOS DERECHOS DE AUTOR.

II Concurso de ilustración Caminante 2023

Del 1 de Octubre
al 30 de Noviembre

Información y bases
en el mail

espejocaminante@gmail.com

6º JURADO: EL JURADO ESTARÁ FORMADO POR EL EQUIPO EDITORIAL DE LA REVISTA, Y DOS PERSONAS MAYORES DE 30 AÑOS QUE TENGAN PRODUCCIÓN ARTÍSTICA GRÁFICA A NIVEL DE PINTURA, FOTOGRAFÍA, E ILUSTRACIÓN. SE VALORARÁ LA ORIGINALIDAD Y DENTRO DE ELLO EL JURADO PRESTARÁ ESPECIAL INTERÉS A TEMAS DE RELEVANCIA, OBSERVACIÓN, DENUNCIA O CRITICA SOCIAL, HUMOR, PAISAJES IDEALES, PERSONAJES REALES O NUEVOS EN CASO DE SER INVENTADOS, MUSICA Y BELLAS ARTES, TEMA LITERARIO, ETC. LA COMPOSICIÓN EXACTA DEL JURADO SE HARÁ PÚBLICA EN LA DECLARACIÓN DE FINALISTAS DEL MES DE ENERO. LA DECLARACIÓN DE LOS TRABAJOS PREMIADOS POR EL JURADO SE HARÁ EN FORMA MOTIVADA. EL JURADO NO PODRÁ DECLARAR DESIERTO EL PREMIO, EL FALLO DEL JURADO SERÁ INAPELABLE.

7º LAS OBRAS PRESENTADAS PODRÁN RETIRARSE POR DESEO DEL AUTOR ANTES DE LA FINALIZACIÓN DEL PLAZO DE PRESENTACION DE OBRAS. EN LAS REPRODUCCIONES POR CUALQUIER MEDIO, FISICO O DIGITAL, DE LAS OBRAS PREMIADAS HABRÁ DE HACERSE EXPRESA MENCIÓN AL PREMIO OBTENIDO, INCLUYENDO EL NOMBRE DE LA REVISTA EN DICHA MENCIÓN. LOS TRABAJOS NO PREMIADOS NI FINALISTAS SERÁN DESTRUIDOS. NO OBSTANTE, EL AUTOR QUE LO DESEE PODRÁ SOLICITAR SU PUBLICACIÓN EN LA REVISTA.

8º EN LA PUBLICACIÓN DE LOS TRABAJOS PREMIADOS O FINALISTAS EN LA REVISTA CAMINANTE, EL AUTOR PODRÁ INCLUIR SU FOTOGRAFÍA, SU CURRÍCULUM Y DATOS DE CONTACTO, ASÍ COMO BLOG O PÁGINA WEB QUE TUVIESE. LA REPRODUCCIÓN EN LA REVISTA DE ESTAS OBRAS PROCURARÁ RESPETAR EN LO MÁXIMO POSIBLE EL FORMATO Y TAMAÑO DE LAS OBRAS ASÍ COMO EL COLOR. **9º FINALIZADO EL CONCURSO, EL EDITOR PODRÁ DECLARAR DE INTERÉS HASTA 10 DE LAS OBRAS NO FINALISTAS Y LAS REMUNERARÁ A 20 EUROS SI EL AUTOR ACEPTA. ESTA DECLARACIÓN "DE INTERÉS" SE HARA MEDIANTE VIDEO EN EL FACEBOOK DE REVISTA CAMINANTE, ANTES DE LA DESTRUCCIÓN DEFINITIVA DE LOS TRABAJOS NO FINALISTAS.**

10º LA REVISTA CAMINANTE, POR MEDIO DE SU EDITOR, RESPONDERÁ A TODAS LAS CUESTIONES QUE SE PLANTEEN DURANTE EL PLAZO DE ADMISIÓN DE TRABAJOS, EN EL MISMO MAIL DE ADMISIÓN. FINALIZADO EL PLAZO, NO RESPONDERÁ A COMUNICACIÓN ALGUNA. LA PRESENTACION A CONCURSO SUPONE LA PLENA ACEPTACIÓN DE LAS BASES DEL MISMO, CUYA INTERPRETACIÓN, EN LO NO DISPUESTO, QUEDARÁ A CARGO DEL EQUIPO EDITORIAL DE LA REVISTA.

El partido

(suicidios de hombre)

Daniel Collado

Azorín

Visite La página web del editor

escritordaniel.es

Seguid cantando que vuestro pene
pudo meterse en muchos agujeros;
cantad los goles y ondear las banderas;
seguid comprando juguetes caros
y alabando a quien tiene
poder y dinero;
seguid ciegos que os estáis robando:
ignorancia uno, amor cero.

Seguid engordando la cuenta de los bancos,
seguid matando animales indefensos,
seguid robando niños y abusándolos,
seguid olvidándoos de los viejos,
seguid siendo de vuestra capa un sayo,
seguís marginando al pobre y al extraño:
violencia dos, amor cero.

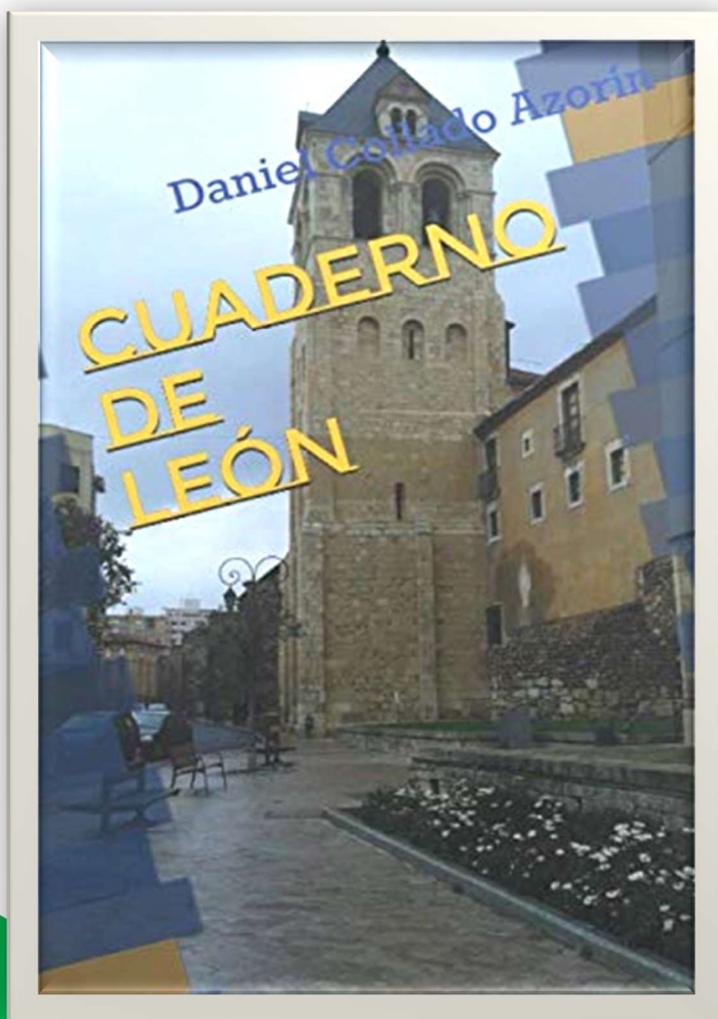
Seguid sin hacer crecer vuestras conciencias,
inventando dioses y arrodillados,
seguid callando ante la injusticia,
quemando los bosques y envenenando
la tierra, el agua y el aire;
seguid creyendo que el sentido de la vida
es llamar a todo "mío".
Y hacer lo que me dé la gana;

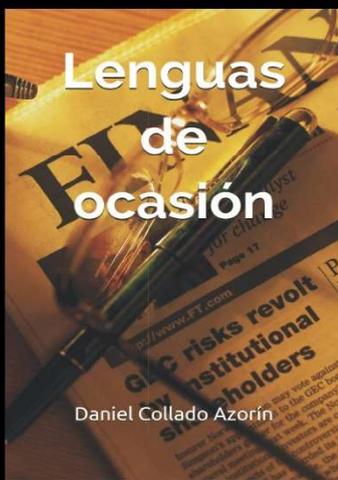
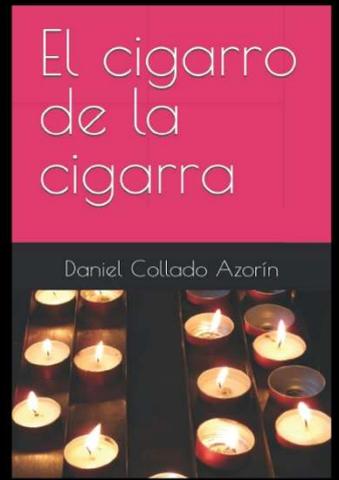
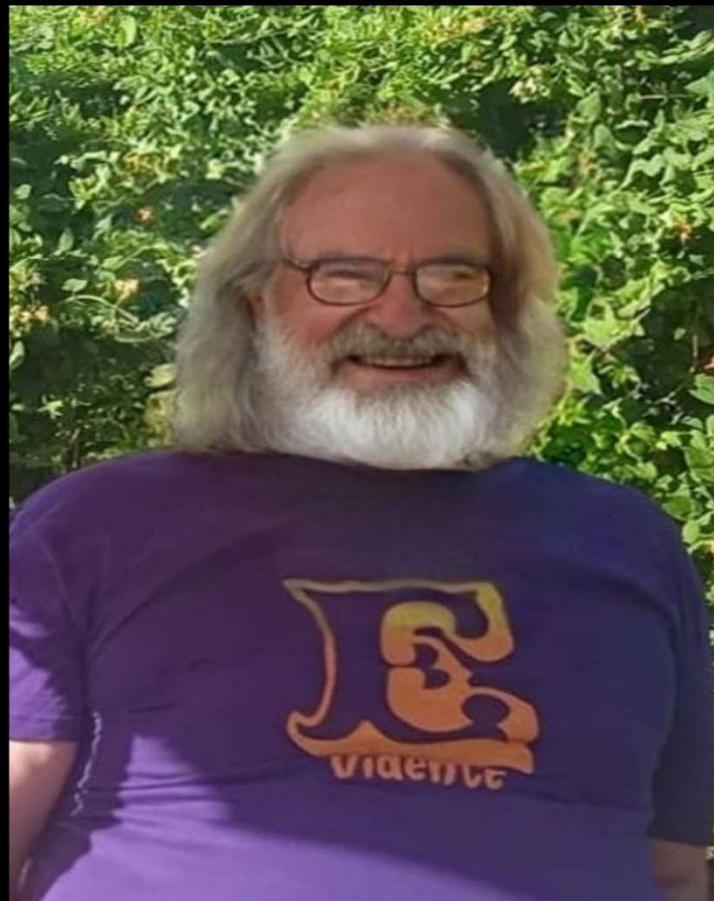
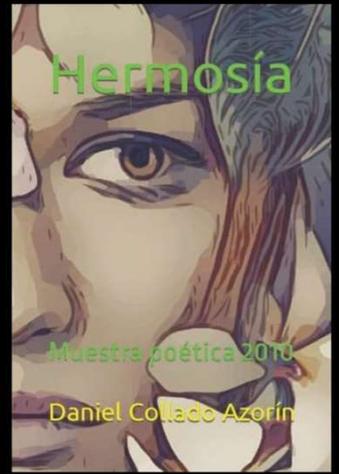
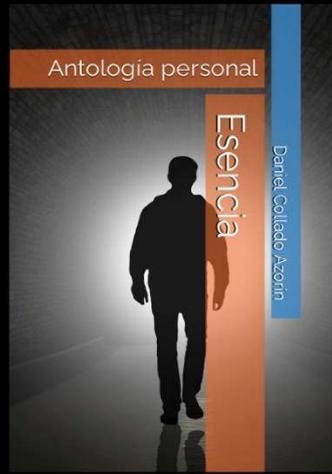
seguid creyendo que el mundo es vuestro
ombligo:
fanatismo tres, amor cero.

No sé cuándo terminará el partido;
a veces creo que el fin está cerca:
lo más triste de los hombres míos
es que los goles son en propia meta.

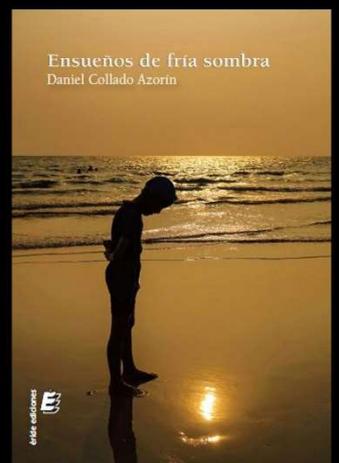
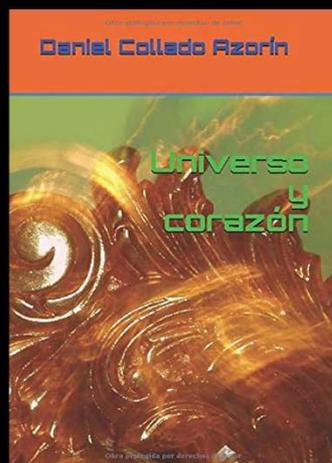
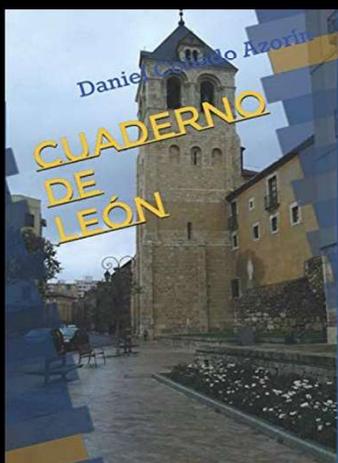
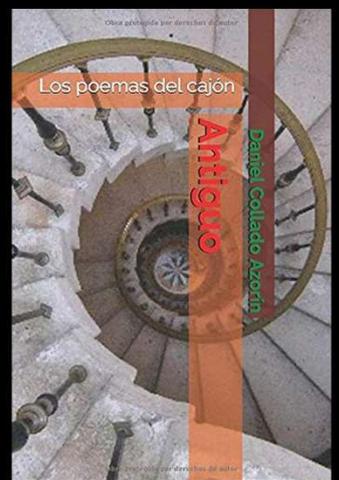
Seguid buscando vuestro lugar,
compitiendo unos con otros:
borregos sois y conocéis al lobo,
vuestro lema es morir o matar.

Si esto escucháis..
sabéis donde está la promesa,
la esperanza firme y el camino
yo al fin me voy, y me he ido,
porque ya no me interesa.





escritordaniel.es



Cedá, Una Historia Confidencial

Latinoamérica

"Hay líneas que no hay que cruzar"

Mi próxima misión era al otro lado del mundo, en una región que me era familiar.

Esta misión consistía en entrenar a terapeutas y trabajadores sociales en la conducción de clases para los perpetradores y grupos de apoyo a víctimas de violencia doméstica, una pandemia con consecuencias muy graves. Los abusadores, hombres en su gran mayoría, quedan usualmente impunes ya sea porque sus mujeres temen denunciarlos por vivir intimidadas, o porque los sistemas policiales y judiciales priorizan crímenes mayores debido a la falta de recursos. Las penas para los que son apresados consisten en multas mínimas, trabajos comunitarios y clases de violencia doméstica semanales por un año. O sea, se penalizan los síntomas, pero no solucionan las causas: la falta de educación, la pobreza, las drogas, el alcohol y las enfermedades mentales.

Entonces, la estrategia más efectiva es dotar a las víctimas de los recursos que les permitan romper el círculo vicioso: educación, un refugio seguro, trabajo para poder mantener a sus hijos, y apoyo legal.

En esos días se estaba llevando a cabo un Festival Latinoamericano de Música y Danza en la ciudad de Caracas, Venezuela, y decidí asistir.

El festival resultó ser una gran fiesta que me remontó sin escalas a Woodstock, un evento que había vivenciado de joven y que había dejado una marca indeleble en mí sobre los valores de paz y libertad, de una vida simple en comunidad, y de la maravilla de hacer el amor con la sublime belleza de las artes, como la música y el baile. Y como era de esperar, encontré a mi venezolana. O ella me encontró a mí, para ser más exacto. Bailando entre la multitud al ritmo de charangos y bombos, me tomó de la mano ofreciéndose a ser mi pareja de baile. Y no la solté por el resto de mi estadía en Caracas. Pero esta vez, dotado de la experiencia que había adquirido del otro lado del mundo, sabía que no tenía que enamorarme. Alguna vez leí, no recuerdo dónde, que hay dos tipos de sufrimiento: el inútil, y el que enseña. Yo había aprendido del sufrimiento de tener que dejar un trozo de mi alma entrelazado con otra. *"Hay líneas que no hay que cruzar,"* me escuché diciéndole. *"Yo no te amo."* Romperle la fantasía me pareció la mejor manera de dejarla. Treinta años más tarde me reencontré con mi venezolana. Entre café y recuerdos me confesó cuánto me había odiado en ese momento. Y cuánto me había amado.

Hoy sé que yo también la amé, y que la sigo amando. Como sigo amando a la egipcia y a la china, y a todas las mujeres maravillosas que compartieron conmigo su cuerpo y su pasión. *"A veces, aunque no lo queramos, las líneas nos traspasan,"* me respondió mi venezolana, 10 años más joven que yo, 10 veces más sabia. A todas mis mujeres, mi amor eterno.

*Amor, ¿es el amor tan puro como lo sueña el poeta?
 ¿Es la rosa tan rosa, tan flor como el picaflor desea?
 Hay una amargura en tus ojos, y por eso ¿Pierden acaso su belleza?
 ¿Por qué el arco iris muestra sus bellos colores después de la tormenta?
 ¿O serán sus colores menos bellos si después del sol los muestra?*



*Tus manos tiemblan y se acercan, pero, sin embargo
 ¿Pueden alcanzar la estrella que desean?
 No, las joyas lejos de nuestro alcance se reservan
 Y un mundo gris, con pena y dolor de guerra nos presentan,
 Y todo nuestro amor lejos está de ser como escribió el poeta.*

*Sin embargo, el picaflor sigue buscando su rosa,
 Y el poeta escribiendo sobre amor nos deleita
 ¿Qué sería de este mundo sin ellos, que nos alientan?
 ¿O sin el arco iris que nos purifica el alma después de la tormenta?*

*Oh, Dios, ¿por qué no acercas las estrellas a la tierra
 Para que las manos de mi amada puedan llegar a ellas,*

*Y nos libras de gris, de guerras, de dolor y penas,
 Para que nuestro amor sea como soñó el poeta?*

*Escúchanos Dios, tú que nos observas,
 Haz que el picaflor cobre fuerzas para que vea la rosa más cerca
 Y que el arco iris, radiante
 Logre hacernos olvidar la tormenta.*

(Continuará)

Dany Adatto

Convocatoria Otoño 2023

La revista de creación literaria y gráfica Caminante prosigue, en forma mensual, con 32 páginas a todo color. Se hará con respeto a las siguientes bases: **1º Podrán participar todo escritor, poeta, fotógrafo, dibujante o diseñador, ensayista o periodista que lo desee, siempre que sea mayor de edad, escriba en castellano o lengua de España, que remita su colaboración en tiempo y forma y previa aprobación del editor Daniel Collado Azorín. Será indistinto el lugar de residencia o la nacionalidad.** **2ª** Revista Caminante no se hará responsable de las opiniones y/o expresiones de sus colaboradores y mantendrá una línea exenta de insultos y faltas de respeto a los derechos humanos, y en especial a colectivos de especial vulnerabilidad. **3º** Los textos se enviarán firmados o bajo seudónimo, en formato pdf, Word, o txt. Las imágenes se enviarán en formato JPEG, PNG, o Tiff. No se admitirá el formato de mapa de bits o bmp. El colaborador seleccionado recibirá un ejemplar en pdf de la revista. **4ª** Las colaboraciones se enviarán al correo electrónico espejocaminante@gmail.com **antes del 28 de cada mes.** El editor confirmará si la colaboración ha sido seleccionada para su publicación. Podrán además enviarse colaboraciones para subsiguientes números de la revista. En el mismo correo se solventarán las dudas de posibles interesadas/as. **5º** La Revista de creación literaria y gráfica Caminante saldrá cada 7 del mes. Debido al alto número de trabajos que se presentan, la aceptación de un texto no está relacionada con el número del mes en curso ni el siguiente. La Revista Caminante promocionará su contenido, pero los derechos de texto o imagen permanecerán del colaborador que las envíe. **6ª** Revista Caminante promocionará en este o sucesivos números a los autores de cualquier especialidad que, habiendo colaborado con la revista, así lo considere por su especial interés. **7ª** La Revista Caminante, se distribuirá digitalmente y con presencia en Facebook e Instagram, y tendrá una periodicidad mensual, con 32 páginas a todo color. Si de la calidad de los trabajos presentados se desprendiera un alto número de colaboraciones posibles, el editor se reserva modificar el número de páginas. **8ª** La participación en la revista conlleva la aceptación de estas bases.

Un abrazo para el camino

DANIEL COLLADO AZORÍN
BIOARTIST

Daniel Collado Azorín -Madrid,1970
Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense. Es autor de seis poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012), *Universo y corazón* (2016), *Cuaderno de León* (2017), *Antiguo, los poemas del cajón* (2018), *El cigarro de la cigarra* (2018) y *Alguien está en el silencio* (2022). Tiene tres antologías de sus versos: *Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía* (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, *Todos eran mis alumnos* (2007) y una colección de retales periodísticos titulada *Lenguas de ocasión* (2021). *Tequerucho de Montijo* (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista *Sentimientos invisibles*. Es socio de la Asociación de Escritores de Madrid (AEM) y de la Asociación Poética Cervantina.

Su página web es

escritordaniel.es



EL RELOJ YA NO CUENTA LAS HORAS

El reloj se cansó de caminar hacia adelante, de seguir un ritmo prefijado, siempre constante y preciso. Cansado de lo que se espera de él, de tantas exigencias sin poder disfrutar de un momento de descanso. Cansado de escuchar los deseos de millones de personas para que las horas pasen más rápidas o que al contrario se estire cada una de ellas como si de queso fundido se tratara, siempre a gusto del consumidor, sin tener en cuenta la carga que esto le suponía.

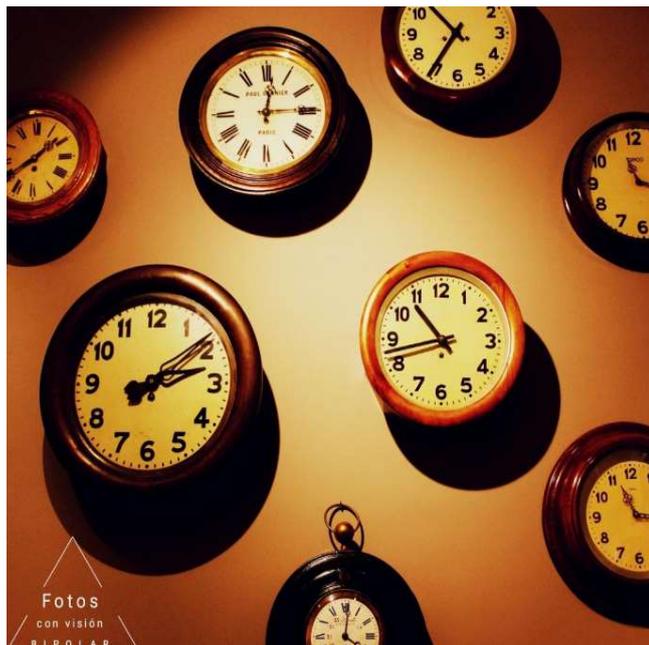
Ese día decidió dar un escarmiento a los humanos y comenzó a urdir un ambicioso plan. Sin apresurarse, con ese ritmo tan aprendido al que ha adaptado sus propios latidos: "Tic, tac, tic, tac".

Meticuloso en su labor, ya que paciencia le sobra y si de algo dispone él es tiempo. "Tic, tac, tic, tac". Empezó por mínimos cambios, apenas unos minutos de diferencia entre relojes. Se divertía

viendo el desconcierto generado, y las razones que buscaban para explicar estas pequeñas oscilaciones del tiempo. "Un inusual desajuste electromagnético", decían unos. "Un fenómeno atmosférico desconocido", afirmaban otros.

A medida que los días pasaban la asincronía se volvió más extrema, mezclando la noche y el día, obligando a la ciudad a despertar cuando apenas se había acostado. El malestar era generalizado y el mundo se sumió en un caos mayúsculo. Finalmente se decidió relegar al reloj de todas sus funciones, sustituyéndolo por otros métodos más automáticos y modernos, de esos que no piensan por sí mismos. El reloj había logrado su ansiado descanso, pero no sentía la satisfacción que había anticipado.

Poco a poco se fue marchitando, su corazón cada vez latía más débil, hasta que se convirtió en piedra. Una piedra fría, dura y robusta que comenzó invadiendo sus entrañas y terminó tapizando cada poro de su piel. En el último segundo, elevó en dirección al cielo una de sus manecillas, justo antes de quedar petrificada. De este modo, pasando desapercibido, el reloj pudo perpetuar el trabajo que mejor sabía hacer. Desde el anonimato y en profundo silencio seguiría marcando las horas, ahora dirigidas por el sol.



Elena Hernando Puente

@fotos.convision.bipolar

Antaño, si mal no recuerdo

"Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín en el que todos los corazones se abrían, en el que todos los vinos se escanciaban. Una tarde, me senté a la Belleza en las rodillas. - Y la encontré amarga. - Y la cubrí de insultos. Me armé contra la justicia. Y hui. ¡Oh brujas, oh miseria, oh aversión; sólo a vosotras os fue confiado mi tesoro! Logré desvanecer de mi espíritu toda humana esperanza. Sobre toda alegría, para estrangularla, realicé el sordo ataque de la bestia salvaje."

Una temporada en el infierno (fragmento)

Este año 2023 se ha cumplido el 150 aniversario de la publicación de "Una temporada en el infierno", una obra que escribí para mí, Arthur Rimbaud.

Fue un intento desesperado de plasmar mis emociones tumultuosas y mi lucha interna en medio de la confusión de mi época. Sin embargo, a medida que el tiempo ha transcurrido, veo que esta obra ha trascendido mis intenciones iniciales y se ha convertido en un pilar fundamental de la literatura.

Cuando me encontraba en Londres, inmerso en las sombras del opio y las alucinaciones, sentía la necesidad de expresar mi tormento y mis pensamientos más profundos de una manera que fuera única y visceral. En ese estado de abrumadora creatividad, di forma a "Una temporada en el infierno", un poema en prosa que se convirtió en un viaje íntimo a través de mi propia condena y redención.

A pesar de mi intención de mantener esta obra en la esfera personal, me aventuré a compartirla con un pequeño círculo de amigos, incluyendo a mi compañero Paul Verlaine. La mayoría de las copias fueron relegadas al oscuro sótano de una editorial, como si fueran olvidadas por el mundo. Sin embargo, con el paso del tiempo, el destino tenía otros planes para mi trabajo.

Es asombroso cómo las palabras que vertí en esas páginas, impregnadas de mis luchas internas, han resonado a lo largo de los años. Mi obra ha sido rescatada y valorada por generaciones posteriores que encuentran en ella una fuente de inspiración y comprensión. Resulta curioso que las dificultades que enfrenté al escribir este poema, las dudas y los desafíos que superé hayan contribuido a su resonancia duradera en el mundo de la literatura. Al mirar hacia atrás, veo que "Una temporada en el infierno" se ha convertido en un reflejo de mi propio viaje, pero también en un reflejo de las luchas universales de la condición humana. Puedo percibir las influencias de grandes obras literarias como La Divina Comedia, La Biblia y Fausto, que se mezclan con mi historia única y experiencias personales.

Aunque en un principio esta obra fue concebida como una exploración personal de mi dolor y búsqueda de significado, estoy gratamente sorprendido por cómo ha sido interpretada y apreciada a lo largo del tiempo. A pesar de mi deseo inicial de mantenerla en las sombras, "Una temporada en el infierno" ha emergido como un faro que ilumina las complejidades de la existencia humana y que, contra todo pronóstico, ha trascendido mis propias expectativas.

Sin embargo, antes de adentrarme en el intento de lograr que comprendan las complejidades de esta obra, considero esencial ofrecerles un vistazo más amplio de mi vida. Mediante esta breve exposición, aspiro a arrojar luz sobre los antecedentes que dieron forma a esta creación y aclarar los motivos profundos que impulsaron su gestación. De esta manera, podremos explorar con mayor profundidad el cómo y por qué detrás de este trabajo literario que se erige como un reflejo de mi experiencia y una expresión genuina de mi motivación.

Nací en Charleville el 20 de octubre de 1854, y desde una temprana edad, sentí una profunda conexión con las palabras y las emociones que podían evocar. Comencé a escribir poesía cuando tenía apenas dieciséis años, explorando los reinos del simbolismo y los temas surrealistas que resonaban en mi interior y que desafiarían las convenciones literarias de mi época.

Durante las vacaciones escolares de 1870 anhelaba escapar del aburrimiento y las limitaciones de mi hogar en Charleville. Mi objetivo era París, el epicentro de la creatividad y el cambio en esos días

de guerra civil y agitación política en Francia. El 29 de agosto, me escapé de la vigilancia de mi madre y me dirigí a la estación de trenes con la esperanza de llegar a la capital. Sin embargo, me encontré con la realidad de que no tenía un billete para el viaje. Las autoridades, en medio de la guerra y los levantamientos, no eran indulgentes, y pronto me encontré detenido en la prisión de Mazas.

Desde mi celda, escribí una carta a mi amigo Georges Izambard en Douai, pidiéndole ayuda para pagar la deuda y resolver mi situación. Afortunadamente, Izambard vino en mi rescate y no solo pagó mi deuda, sino que también me ofreció refugio en su casa hasta que pudiera regresar a Charleville.

A pesar de haber llegado a un lugar nuevo, dudé durante semanas si regresar a mi hogar. Durante mi tiempo en Douai, tuve el encuentro que marcaría mi trayectoria. Conocí a Paul Demeny, un viejo amigo de Izambard y director de una casa editorial. Este encuentro me inspiró a compartir quince de mis poemas con la esperanza de que pudieran ser publicados.

Izambard, al saber de mi presencia en Douai, informó a mi madre, Vitalie Rimbaud, quien estaba ansiosa por mi regreso. Decidió acompañarme personalmente de regreso a Charleville para calmar la situación. Sin embargo, mi relación con mi madre era tensa, y su ira estalló cuando llegamos. Me golpeó y regañó mientras yo trataba de explicar mis motivaciones.

Mi tendencia a escapar no se detuvo. En octubre, volví a huir, esta vez a Charleroi, con la ambición de convertirme en un reportero local. Mis esfuerzos por conseguir trabajo en el Journal de Charleroi fueron en vano. Luego viajé a Bruselas y Douai en busca de conexiones con Izambard. A mi regreso a Douai, fui acompañado por la policía, bajo las órdenes de mi madre, y forzado a regresar a Charleville.

Los problemas políticos en Francia retrasaron la reapertura de mi colegio hasta abril de 1871. A pesar de ello, no dejé de buscar experiencias intensas y provocadoras. Mi viaje a la capital durante la Comuna de París dejó una profunda impresión en mí. Escribí poemas relacionados con ese tema, explorando las facetas de la sociedad y la lucha.

Mi estilo poético evolucionó durante este período. Comencé a cuestionar y criticar la poesía romántica y parnasiana, y en su lugar, elogí la obra de

Charles Baudelaire. Mi lema "Yo es otro" tomó forma en las llamadas "Cartas del vidente", enviadas a Demeny e Izambard en mayo de 1871. En ellas, expliqué mi teoría sobre el papel del poeta como "vidente", un alquimista de las palabras que debe experimentar y sufrir para alcanzar la perfección en la poesía.

Mis palabras en estas cartas llevaron a tensiones en mis relaciones, incluida la amistad con Izambard. Mi búsqueda de expresión y autenticidad, mi rechazo a la convencionalidad y mi deseo de trascender los límites de la percepción humana me llevaron a desafiar constantemente las normas establecidas, dejando una marca imborrable en la literatura y el pensamiento artístico de generaciones futuras.

Convencido por mi amigo Charles Bretagne, decidí dar un paso más y escribirle una carta a un destacado poeta simbolista: Paul Verlaine. Después de no recibir respuesta de otros autores, envié a Verlaine dos cartas que contenían varios de mis poemas, entre ellos "Las primeras comuniones" y "El barco ebrio". Verlaine, intrigado por mi talento, respondió con palabras que marcarían un punto de inflexión en mi vida: "Ven, querida gran alma. Te esperamos, te queremos". Y con esas palabras, envió un billete de tren para París.

Así, llegué a París cerca del 15 de septiembre de 1871, siguiendo la invitación de Verlaine. Me instalé con él y su esposa Mathilde Mauté, quien estaba embarazada. A partir de ese momento, mi vida en el colegio quedó atrás, y me encontré inmerso en un mundo literario emocionante. Mis interacciones con las figuras literarias más destacadas me llevaron a conocer personalmente a Víctor Hugo, quien incluso me llamó el "Shakespeare niño".

Mi tiempo en París fue una época de experimentación y excesos. Viví en casa de Verlaine por un tiempo, pero luego me mudé a las casas de Charles Cros, André Gill y Théodore de Banville. A medida que mis provocaciones y mi estilo de vida desenfrenado se intensificaban, gané una reputación como un "enfant terrible" en la elite literaria parisina. A pesar de mis excesos, continué escribiendo versos visionarios y vanguardistas.

Sin embargo, mi comportamiento imprudente finalmente tuvo consecuencias. En un estado de embriaguez, tuve un incidente violento con el

fotógrafo Étienne Carjat, hiriéndolo con un bastón-espada. Aunque mi relación con Verlaine había sido tumultuosa, este evento marcó el punto de no retorno. Para apaciguar la situación y salvarme de posibles problemas legales, Verlaine me envió de regreso a Charleville.

Después de pasar algunos meses en casa, regresé a París. Mi relación con Verlaine tomó un giro inesperado y tormentoso, y nos embarcamos en una relación amorosa. Juntos, viajamos a Londres en septiembre de 1872, dejando atrás a la esposa e hijo de Verlaine generando una situación escandalosa. Nuestra estancia en Londres fue una lucha por la supervivencia, donde impartimos clases de francés y sobrevivimos con la ayuda de la madre de Verlaine.

La relación entre Verlaine y yo se volvió cada vez más complicada. Mis burlas y mi actitud provocadora crearon tensiones constantes, y la relación llegó a su punto de ruptura. En julio de 1873, Verlaine huyó a Bruselas, dejándome desamparado y en shock. Aunque se arrepintió y me pidió que volviera, la dinámica tóxica ya estaba arraigada. Mi vida con Verlaine terminó, marcada por la violencia y la inestabilidad emocional.

Después de ese episodio, regresé a Charleville y me retiré a la granja familiar. Fue allí donde escribí "Una temporada en el infierno", una exploración profunda de mis experiencias y reflexiones personales. Mi vida y relación con Verlaine se reflejaron en esta obra, junto con mi evolución literaria hacia el simbolismo moderno.

Esta obra, dividida en ocho partes que exploran diferentes aspectos de mi vida y mi visión del mundo, ha tomado vida propia en el tejido literario. Permítanme adentrarme en las secciones que componen "Una temporada en el infierno" y compartir cómo, desde mi perspectiva, han resonado a lo largo del tiempo:

Introducción: Aunque inicialmente podría haber sido escrita como un comentario posterior, considero que esta sección actúa como un umbral hacia mi mundo interior. Mi condenación se manifiesta aquí de manera cruda y sincera, estableciendo el tono para lo que está por venir.

Mala sangre: En esta sección, examino mis raíces y cómo influyeron en mi moralidad y mi estado emocional. Mi enfrentamiento con las nociones tradicionales de moralidad y mi deseo de cuestionar las convenciones sociales son evidentes aquí. A través de la introspección, presento una

crónica de mis luchas internas y mi creciente descontento con el mundo que me rodea.

Noche del infierno: Esta parte es una representación simbólica de mi muerte y mi entrada al infierno, una metáfora de mi caída en la autodestrucción. Mi experimentación con drogas y batallas personales se mezclan en esta narrativa de oscuridad y desesperación.

Delirios I: La Virgen necia - El Esposo infernal: Aquí, a través del diálogo entre personajes alegóricos, exploro la compleja relación que tuve con Paul Verlaine. La "Virgen necia" y el "Esposo infernal" pueden ser vistos como representaciones de nuestras personalidades y tensiones en nuestra relación tumultuosa.

Delirios II: Alquimia del verbo: En esta sección, abordo mis teorías estéticas y las desilusiones que enfrenté al darme cuenta de sus limitaciones. Me sumerjo en la naturaleza efímera de la poesía y la creatividad, expresando mi búsqueda de la esencia más pura de la palabra y el lenguaje.

Lo imposible: Aquí, describo un intento fallido de escapar del infierno. Esta parte refleja la caída de mis creencias filosóficas y religiosas, lo que culmina en un sentimiento de desesperación y la realización de la futilidad de mis intentos de encontrar respuestas en sistemas de pensamiento tradicionales.

El relámpago: En esta breve sección, presento una luz tenue en medio de la oscuridad, una imagen que representa la única esperanza que vislumbré durante mi permanencia en el infierno. Mi tono fatalista y resignado persiste, pero aquí surge una chispa de reconocimiento de la posibilidad de redención.

Mañana: Finalmente, en esta parte, narrando mi salida del infierno, cierro el ciclo de mi experiencia. Aquí, expreso un atisbo de transformación y la visión de una luz al final del túnel. Aunque mi tono sigue siendo reflexivo, hay un matiz de esperanza que indica mi evolución y crecimiento personal.

Adiós: Esta sección, que marca un cambio de estación y un cambio interno, es una suerte de epílogo. Muestra cómo mi visión del mundo se ha transformado después de mi "temporada en el infierno". Es una despedida de la oscuridad y el comienzo de una nueva fase en mi vida.

En resumen, "Una temporada en el infierno" fue inicialmente una expresión íntima de mis luchas y pensamientos internos. Sin embargo, su resonancia a lo largo del tiempo ha demostrado

que trasciende mis intenciones personales. Esta obra, que destila mi tormento, mis conflictos y mi búsqueda de significado, ha encontrado un lugar perdurable en la literatura, resonando con generaciones que buscan comprender las profundidades de la experiencia humana y la capacidad de transformación. Aunque nunca imaginé el impacto que tendría, estoy agradecido de que mi voz haya perdurado y continuado hablando incluso más allá de lo que jamás hubiera deseado.

Mi vida posterior estuvo marcada por extensos viajes por toda Europa, a menudo a pie. En 1876, me enlisté como soldado en el ejército colonial neerlandés para viajar a Java, donde deserté poco después. Regresé a Francia a través de un barco que me llevó a Chipre. En 1880, finalmente me establecí en Adén, Yemen, como empleado de la Agencia Bardey. Durante este período, tuve varias amantes nativas y experimenté diferentes formas de vida.

Sin embargo, la soledad comenzó a pesar sobre mí. A veces lamentaba no haber formado una familia y establecido un hogar. Mis aventuras en tierras lejanas me llevaron a perder el contacto con Europa y las costumbres de mi tierra natal. Mis deseos de encontrar un lugar donde descansar y criar una familia se mezclaban con la añoranza por la vida que dejé atrás.

En 1884, dejé mi trabajo en Adén y me convertí en un mercader por cuenta propia en Harar, Etiopía. Durante este tiempo, logré acumular una pequeña fortuna como traficante de armas. Sin embargo, mi salud comenzó a deteriorarse. Una dolencia en mi rodilla derecha, primero diagnosticada como artritis y luego como sinovitis, empeoró y se transformó en un carcinoma. Esta enfermedad me obligó a regresar a Francia en mayo de 1891, donde mi pierna tuvo que ser amputada.

Los últimos meses de mi vida fueron difíciles. Murmuraba palabras extrañas y delirantes mientras mi vida se desvanecía en un sueño continuo. Me enfrenté a la muerte con una voz suave y tranquila, expresando sueños que eran más que simples delirios de fiebre. A medida que mi estado empeoraba, las personas a mi alrededor luchaban por comprender mis pensamientos.

Finalmente, el 10 de noviembre de 1891, a la edad de treinta y siete años, la muerte llegó a mí en Marsella. Mi voz, que había sido un instrumento de vanguardia y desafío, se apagó. La vida de un

viajero y un buscador incansable había llegado a su fin. A pesar de los altibajos, mis contribuciones a la poesía y las artes modernas perduraron, dejando una marca indeleble en la historia cultural.

Mi viaje en la literatura y la vida estuvo marcado por la intensidad y la búsqueda constante de expresión y autenticidad. A pesar de los altibajos, mis contribuciones a la poesía y mi influencia en las corrientes artísticas posteriores dejaron una huella duradera en la historia cultural.

La resonancia de mi obra se expandió ampliamente en la literatura moderna y en diversas expresiones artísticas. Mi influencia ha dejado una huella profunda en poetas y artistas que buscaron explorar nuevas dimensiones de la creatividad y la expresión. El movimiento surrealista, en particular, se sintió atraído por mi enfoque transgresivo y mi capacidad para explorar lo desconocido.

A lo largo del siglo XX, mi influencia se extendió a través de una variedad de voces y géneros artísticos. Escritores como Henry Miller, Anaïs Nin y William S. Burroughs encontraron en mi trabajo una fuente de inspiración para su exploración de la experiencia humana y la ruptura de convenciones literarias.

Mi legado también se extendió a la música y el cine. Músicos como Jim Morrison, líder de The Doors, capturaron mi espíritu de rebelión y exploración en sus letras y actuaciones en el escenario. Directores de cine como Jim Jarmusch también se sintieron atraídos por mi aura misteriosa y mi enfoque de lo enigmático.

En definitiva, mi búsqueda de lo inexpresable y mi deseo de cambiar la vida a través de la alquimia de las palabras han dejado una marca duradera en la literatura y el arte modernos. Mi legado continúa inspirando a las mentes creativas a desafiar los límites establecidos y explorar las profundidades de la experiencia humana.

Max Valois

Recuerdos escondidos en la mata de cacao

La última vez que nos vimos,
no supimos que sería la última vez
(como sucede a menudo con
las últimas veces).

O quizás, no lo supe yo, en
mi ingenuidad de volver, en un
futuro que parecía cercano, y
encontrarte ahí. En el lugar
de siempre.

Pero la eternidad cambia sus formas.
Y tú lo supiste antes que yo porque me
lo advertiste:

«Te vas a ir y no vas a volver, como han
hecho todos».

No sé cómo hiciste para saberlo.

Yo misma no lo sabía.

Pero lo cierto es que no volví. No he
vuelto todavía: me aterroriza volver a
recuerdos que ya no existen.

Isabella Marinelli

Melancolía

Los copos de nieve caen sobre mi rostro,
mientras en la distancia solo puedo ver las luces de la
cafetería y con ellas, el recuerdo de una vida pasada.

Había planeado mi boda para dentro de un mes. Mi novio y yo, con el que llevaba más de 5 años saliendo por fin nos casaríamos.

Me levante temprano todos los días de la semana, un contrato exigente en la empresa de arquitectura en la que trabajo no me dejaba mucho tiempo. Y por las tardes tenía que ver los detalles de la boda con mi hermana. Tony me esperaba llegando a casa. Él sale antes del periódico donde trabaja como reportero.

–¿Qué tal te fue con los preparativos? –Me preguntó.

–Vi los detalles de las flores, pero hacen falta los vinos y la coctelería. ¿Crees que los invitados prefieran vino tinto o blanco?

–Definitivamente el blanco –Me contestó después de pensarlo un poco. Terminé de quitarme los aretes mientras tuvimos la conversación. Toda la cena estuve viendo el anillo de compromiso en mi dedo. Un mes más y sería reemplazado por uno de matrimonio.

Me bañé mientras un torrente de dudas corría por mi mente. ¿Amaba a Tony?... Es cierto que durante los pasados años había sido un novio ejemplar, siempre a mi lado. Nos conocimos en una fiesta, una de mis amigas nos presentó. Estaba buscando un novio, las relaciones que había tenido hasta el momento habían sido efímeras, insulsas y sin futuro podría decirse. Tony era diferente, era la clase de hombre con el que uno puede plantearse una relación a largo plazo. No pasó mucho tiempo para que nos mudáramos a vivir juntos. Cuando me propuso matrimonio dije que sí sin pensarlo. Era un paso importante, pero hasta cierto punto natural en nuestra relación. Las dudas empezaron a asaltarme al día siguiente. Maquinalmente seguí con mi rutina, la duda seguía, esperando. Cuando estaba a solas y no tenía nada que ocupara mi mente. En los descansos de mi trabajo, en las madrugadas en las que perdía el sueño.

No me preocupaba lo que pensarán los invitados, ni tampoco mi familia, solo quería estar segura. La mañana siguiente mientras desayunábamos me le quedé viendo. Un halo de luz caía sobre su frente cubriendo la mitad de su rostro. ¿Era el hombre que amaba? Desde mis adentros solo podía escuchar una voz que me decía que no.

Decidí citarlo en la cafetería donde nos habíamos conocidos por primera vez para darle la noticia. Pude sentir como se desmoronaba interiormente mientras una lagrima caía por sus ojos.

Carlos E. Guedea Guerrero

Ha llegado carta

Jorge Etcheverry

Lo que es un decir. La señora de la pensión, bastante barata y que incluía una comida al día me dio un sobre amarillo, que había pasado a dejar un joven gordito, de bigotes “Abelardo”, me dije. En gruesas letras de imprenta con marker rojo pude leer “Para que te vayas enterando, cabrito”, subí los escalones de dos en dos, hasta mi ático, rajé el sobre y cayeron al suelo varias hojas de diverso formato, algunas con dibujos, otras escritas con esa letra cuidadosa, como de niño chico. Tenía el tiempo justo para preparar mis clases particulares del día siguiente, que con la modesta mesada que me daba mi abuelita todos los meses eran mi única fuente de ingresos. “Bueno”, me acuerdo que pensé “parece que me va a tocar trasnochar”. Fui arreglando las hojas sobre la mesa que hacía de escritorio y pude ver, no por primera vez claro, pero nunca los había visto tan detallados, los dibujos de esos extraterrestres, unos como una sábana que cubriera a un fantasma invisible y que siempre aparecían en forma diagonal respecto a una superficie horizontal, esos otros de hombros triangulares, largo cuello parejo, tubular, y una cabeza redonda con un solo ojo al medio, y por último unos como cajas rectangulares volantes, cubiertas de ojos. “ritalín, divino tesoro”, exclamé en voz alta. La señora dueña de la pensión, que seguramente estaba a lo mejor barriendo las escaleras, si no es que estaba escuchando porque es bastante intrusa, me gritó desde detrás de la puerta “ya está otra vez hablando solo” Con eso de medio preparar la clase y estos dibujos y notas no iba a poder dormir, pero necesitaba tener la mente alerta, iba a recurrir a esa pastilla, que junto con la benzedrina eran de consumo común en la facultad en período de exámenes, y que se vendían sin receta ni nada. En ese entonces el cuerpo y la mente joven todavía daban para una noche sin dormir.

Crimen involuntario con vitral, calle y gato

Un gato desde un umbral miraba a los escasos transeúntes que atravesaban ingravidos la luz de la mañana. Desde el interior de una casa antigua por la que paso brota un grito de mujer. Un grito de dolor y miedo como nunca creo haber escuchado. Algo se quiebra dentro de mí y miro hacia todos lados y agarro un ladrillo desde una pila que habían dejado unos trabajadores. No sé si llevado por un impulso irrefrenable y común de detener un abuso, una violación o un asalto, pese a mi timidez y natural cobardía, o quizás llevado por la adrenalina y el impulso agresivo que provocan en el hombre ciertas situaciones, a lo mejor esperando frenar el desarrollo del crimen o la violación, doy un golpe con el ladrillo y desmenuzo en una lluvia de cristal la mampara de la puerta, que es como un hermoso vitral con pájaros. Otro grito brota casi frente mío y me paraliza con el ladrillo enarbolado en alto listo para dar un segundo golpe. Alguien, atraído por el estrépito que producía, o que había estado por salir al otro lado de la puerta, había recibido el ladrillazo de lleno en la frente. Un cuerpo se desplomó a mis pies sobre pedacitos brillantes de vidrio multicolor. Un río de sangre le brotaba de la cabeza, abierta como una sandía. Aterrado, lancé el ladrillo lejos y me eché a correr. Pude ver que se asomaba gente a las puertas y ventanas de las casas. A otros que parados en la calle me miran pasar corriendo. La llegada a la esquina se me hizo eterna. Después me acuerdo de haber seguido corriendo y doblando esquinas, en forma casi automática, esquivando vehículos al cruzar las calles, hasta que ya no di más.

Jorge Etcheverry

CENIZAS EN SEPTIEMBRE

Recordando al escritor Javier Marías

Adela Orellana

Atardecía en un cambiante septiembre, tocado por la ligera brisa que llegaba de la sierra, anunciando la calidez otoñal que siempre me sorprendía. Los mortecinos rayos solares ensombrecían la calle Mayor que acogía mi paseo, contrastando con la claridad lumínica que emanaba de la librería cercana, atrayéndome como imán hasta su escaparate. Era la famosa librería madrileña Méndez. Mi rostro se incendió al observar la escena que acontecía en su interior. Vislumbré lo que en un primer momento creí que era un espectro. No podía imaginarme que pudiera ser él. Acababa de leer su novela, *Corazón tan blanco*, y aún llevaba impregnado en mi pensamiento ese halo hipnótico que me producían sus lecturas. No, no era un fantasma. Allí se encontraba el ilustre autor Javier Marías, departiendo afablemente con el librero. Quedé cautivada por el escritor que idolatraba, observando cada uno de los movimientos musculares de su cara, de los giros repentinos en las posturas del cuerpo, de la elegancia que le caracterizaba... Sostenía en su mano izquierda un cigarro apagado que agitaba entre los dedos índice y corazón. Fue un segundo, quizá un fugaz destello, en el que llegué a percibir su mirada cruzándose con la mía. Me sentí descubierta como única espectadora en una escena privada. Bajé la cabeza inmediatamente deseando que la tierra se abriera y me engullera en un abismo.

Cuando alcé la mirada lo tenía a mi lado encendiendo el cigarrillo y dándole una profunda calada como si no existiera el tiempo, exhalando paulatinamente el humo que antes inundara sus pulmones.

Me sonrió, era una sonrisa sincera y emotiva. Con la misma naturalidad, única en él, que solía poner ante el objetivo de las cámaras fotográficas. Y lo conseguía extendiendo ligeramente hacia los lados la comisura de sus labios, sin tener que abrir la boca. Eran sus ojos los que resplandecían y le daban ese aire señorial y de cercanía a la vez. Y yo, que llevaba meses intentando no sucumbir a la adictiva nicotina, derrotada y a la vez deseosa, me dejé envolver en los aromas irresistibles que se desprendían del suave rubio, respirando con vehemencia los restos del humo que me llegaban acariciando mi cara, penetrando en mi pituitaria con la ansiedad que reclamaban mis sentidos. No me moví, seguí adosada a él, a su furtiva sonrisa y a su cigarro consumido con avidez. Fue la primera y última vez que estaría tan cerca de su persona, sin nadie más a nuestro alrededor, sin cruzar palabras, instalados en nuestros silencios.

Solitarios, ante la contemplación de ese templo de las palabras grabadas en tinta sobre cientos de hojas paginadas, observamos los movimientos del librero colocando una montaña escalonada de libros en el escaparate. Javier Marías le hizo gestos con las manos para que los desplazara hacia su derecha. Satisfecho entró de nuevo en la librería para despedirse del dueño, no sin antes dejar bien colocado el libro superior que se quedó entreabierto. Y allá que marchó encendiendo un nuevo pitillo, meditando en el camino nuevas ideas que al anochecer teclearía en su famosa máquina de escribir eléctrica.

Seguí petrificada en el mismo lugar y fue cuando mis ojos se detuvieron en la cubierta de los libros expuestos. Aparecía la imagen, en blanco y negro, de una mujer pensativa, que asomaba por el lomo de una cebra de cartón, apoyando su mano derecha sobre la mejilla. Todos tenían el mismo título: *Mañana en la batalla piensa en mí*, de Javier Marías. Entré a comprarlo, eligiendo el que el escritor había sujetado entre sus manos minutos antes. Lo acaricié llegando a sentir el tacto de sus dedos deslizándose por él. No consentí que lo envolvieran. Solo mis manos podían tocarlo, era su firma, la había dejado, estoy segura, para mí.

Cuando llegué a casa y me acerqué a besar a mi pareja, rápidamente preguntó si había vuelto a fumar, pues olía mucho a tabaco. Le respondí afirmativamente con la cabeza, diciéndole que lo hice en compañía de un empedernido fumador, el mismísimo escritor Javier Marías. Evidentemente no se lo creyó. No probé el tabaco hasta este extraño doce de septiembre que conocimos su muerte. Quise despedir al autor en la intimidad de la tarde recordando la emotiva sonrisa que me dedicó y saboreando, lentamente, el último cigarrillo que guardaba en un cajón olvidado de mi mesilla. Era mi adiós al escritor de carne y hueso. A la persona que, en otro tiempo, en otro lugar, tuve el privilegio de conocer.

Sujeté el cigarro entre mis dedos, índice y corazón, de la mano izquierda. Acercando la boquilla a mis labios, prendí la llama por el extremo opuesto succionando lentamente. Ante mi atenta mirada, se incendió el borde del pitillo con un anaranjado luminoso. El aroma a rubio suave, del humo que desprendía, me transportó al fugaz encuentro con el escritor en un lejano septiembre atemperado. Despacio, alargando los minutos, saboreando los segundos, me fumé el último cigarro de la vida. Las cenizas las esparcí junto al escaparate de la librería Méndez.

No probé el tabaco hasta este extraño doce de septiembre que conocimos su muerte. Quise despedir al autor en la intimidad de la tarde recordando la emotiva sonrisa que me dedicó

Acércate un poco, que te quiero decir algo

Si bien es cierto que una mayor diversidad de puntos de vista sobre el llamado objeto de nuestra curiosidad nos acercaría a un conocimiento más completo del mismo, no lo es menos que por mucho que nuestras investigaciones se intensifiquen, multipliquen y diversifiquen nunca alcanzaremos el conocimiento completo perfecto sobre el susodicho objeto de nuestras investigaciones por concienzudas y exhaustivas que estas pudieran llegar a ser. A partir de esa intuición esencial queda fundada una visión de la realidad inmersa en la compleja dinámica de la interrelación creadora de sentidos y estructuradora de procesos de producción configurantes. Es decir: no sólo no sabemos a qué atenernos, tampoco sabemos particularmente en qué consiste ese no saber ni propiamente podemos delimitar el objeto de nuestras elucubraciones conceptuales.

De tal modo que frente a la disertación vacía pedante y fosilizada de las publicaciones académicas especializadas se despliega otra más libre, inmediata e indisciplinada, pero según la cual podemos decir, aún con ciertas esperanzas de ser escuchados con interés y emoción: eh, acércate un poco, que te quiero decir algo. Y lo dicho así al oído de viva voz o en susurros será posiblemente un mensaje al cual llamamos mensaje sólo por cierta concesión pedante a la fosilización cultural, que resalte la pedantería del lenguaje sometido a esas fosilizaciones culturales y la intención de resaltar la pedantería del lenguaje sometido a esas fosilizaciones culturales, en toda regla explicado todo sin omitir detalle.

Porque cuando te pido que te acerques un poco para hablarte no será seguramente para decirte al oído más o menos: según Foucault o Derrida..., sino porque te quiero sentir cerca para decirte tal vez que te echo de menos, que ahora que estás aquí reconozco que el vacío que deja la estructura de tu ausencia reverbera entre las disonancias del ensamblaje de conexiones fragmentarias de otros vacíos circunstanciales que ni de lejos se pueden comparar al que dejas tú cuando te ausentas.

Y por eso los decires que se alejan de extremos insufribles o insípidos son los más oportunos y difíciles de descubrir y rescatar, y son sólo los auténticos poetas entre todos los hablantes quienes verdaderamente se proponen con insistencia que sus palabras no naufraguen entre la banalidad y la abstracción y sean cercanas. No serían, sin embargo, importantes sus palabras si no fueran asimismo tan precarias, y sus esfuerzos con tanta frecuencia tan completamente malogrados. Y esto es inevitable porque el mensaje directo se disuelve en la inmediatez de su recepción consabida e ignorante mientras que la meticulosa precisión del análisis lingüístico altamente especializado y específico resulta desalentadora e incapaz de alcanzar el terror que podría comunicar con palabras más sencillas si esas mismas palabras no recayeran sin remedio en la banalidad del estereotipo que llena el aire a todas horas. Únicamente el silencio y la atención extrema pueden rescatar de las palabras insustanciales aquello que el lenguaje no acierta nunca a apresar y domesticar eficazmente, en el justo equilibrio entre la demencia y la indiferencia, allí donde para hablarse es preciso que se acerquen las cabezas, y las palabras se dicen en voz baja o se susurran al oído para protegerlas de entidades alienantes cuando se dice posiblemente con ternura: cariño, tengo algo que decirte. Desde entonces estuve una semana sin poder hablar. Mis dudas no se referían al sentido exacto del mensaje recibido, que su brevedad me impedía definir con exactitud, sino al propio momento en que fueron dichas entonces por ti y al origen mismo de mi incertidumbre. No te vayas por las ramas ni te pierdas en lo oscuro, me dijiste, que no necesitas profundidades insondables ni sutilezas analíticas sino sólo sentir de verdad lo que dices, de corazón, y decir lo que sientes, y es esa precariedad del sentimiento el vacío que debes temer más que la ambigüedad inevitable del mensaje siempre insuficiente para quien no lo siente realmente dirigido a él en su momento. Y por eso si te digo: acércate un momento, que te quiero decir algo, lo que quiero con esa proximidad es que la inevitable insuficiencia de mis palabras sea colmada por la inmediatez de la presencia que se requiere abierta y cercana. Y cuando tú por fin te acercas no lo haces desde la cercanía que reclama esa cercanía aún ausente y desconfiada por el tiempo aún impropio, sino por la realmente sentida cercanía que llega a mis palabras desde la que yo necesito sentir para poder hablarte. Y me siento así de cercano sólo porque necesito tanto hablarte, y aún diría que necesito hablarte porque te siento tan cercana.

Esteban Rodríguez Arroyo

Un viaje en el tiempo

De Lam y Carpentier a Gallegos y Reverón.

Edinson Martínez

En el particular otoño de 2007, en Argentina la estación de *les feuilles mortes* se presentó con un frío que helaba los huesos, un cambio de estación que los astrónomos y especialistas en estos asuntos no dejaban de señalar al confirmar los descensos más bajos en los últimos 45 años. La verdad no sabría establecer si el frío otoñal se debía a una singular ocurrencia meteorológica, o es que sencillamente nuestros cuerpos acostumbrados al calorcito tropical, no eran capaces de soportar unas rayitas menos en los termómetros. El caso es que aquella mañana de finales de mayo, aun con plena presencia de un sol brillante sembrado en las alturas diáfanas del cielo, el frío nos hacía temblar como si tuviéramos calambres, y nuestras ropas parecían cobrar vida propia ante nuestras sacudidas involuntarias, mientras para el común de las personas, el asunto parecía no revestir mayor trascendencia.

En el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA), cerca del mediodía de aquel sábado, la afluencia de visitantes en realidad no era muy abundante; de un lado una pareja de mediana edad, tal altos como una mata de coco, miraban abstraídos algunas pinturas, mientras cinco personas, o tal vez seis más, dispersas en el área, caminaban con sus rostros ligeramente doblados apuntando en sus recorridos las obras que les aparecían, como si aquellas fuesen las páginas de un libro pasando sin apuro, así que, mi hermano y yo, nos dejamos llevar por esa atmosfera silenciosa en la que nuestros pasos podían escucharse andar con el ritmo particular que cada cual tiene al caminar. En un espacio intermedio, una pared blanca, se rinde a una obra de Wilfredo Lam, la miro y de pronto me acordé de Juan Pablo Castel, sin que, precisamente, el género del artista cubano, guarde relación precisa con el cuadro que Ernesto Sabato describe en su célebre novela; pero, así suele ser la imaginación, ráfagas imprevisibles que a veces podemos tener de un pensamiento viajando errante en nuestro cerebro. Observo la pieza y me guardo aquella curiosa ocurrencia, regresando de seguidas al recorrido sin perturbar a nadie. No recuerdo ahora a cuánta distancia de *La mañana verde* de Lam, un cuadro rectangular de proporciones regulares, rápido me llama la atención, destaca por su monocromía en sepia, con una vibración luminosa que, en cierto momento, pareciera borrar las formas, y entonces, se puede evocar a los impresionistas. El motivo de la obra es una mujer desnuda recostada en una cama leyendo un manuscrito o algo parecido a un libro. A un lado, figuraban la ficha técnica, claramente indicando su título y autor. Nos emocionamos, entonces, al ver el nombre de Armando Reverón ahí. *Mujer desnuda leyendo*, es el título de aquella pieza perteneciente a la colección privada de Eduardo Constantini, empresario argentino fundador del MALBA.

Encontrar una obra de Cruz Diez o Jesús Soto en las grandes salas del arte en Europa, Estados Unidos o Latinoamérica, pues no resulta ninguna novedad, son ellos nuestra usual carta de presentación en las más prestigiosas galerías del mundo, su bien ganado prestigio en el movimiento artístico iniciado por Alexander Calder, el arte cinético, los tiene como una importante referencia en todo el planeta. De modo que toparse entre las figuras más destacadas de la pintura –al menos de nuestro continente– con las obras de Armando Reverón, es motivo de gran alegría, de especial contento, porque si viajáramos en el tiempo y el espacio a los días febriles de creación del autor en su taller-residencia de Macuto; un lugar apartado y precario encajado a orillas del mar Caribe en la zona centronorte costera de Venezuela, en el que muy probablemente estuviera rodeado por las borrascosas circunstancias del país de mitad de siglo veinte. Nunca imaginaríamos que, de aquella menesterosa existencia, saldrían las obras que hoy se exhiben en tan prestigiosas galerías.

El artista plástico es un ser obsesionado por la luz, por las sombras, por las transmutaciones del color y las realidades que de ella emanar, es su exquisita aprehensión sensitiva la que permite mostrarnos su obra. Y no todos los humanos tenemos esa sensibilidad, pero, además, bien bueno que así sea, porque entonces, nadie se maravillaría de la alquimia alucinante de la

creación artística. La vida de muchos autores está llena de alucinantes búsquedas de la atmósfera propicia para el despliegue espontáneo de su numen creador, por ello, escogen a veces lugares excepcionales, paraísos extraviados, invisibles e intrascendentes al ojo ordinario. Mario Vargas Llosa en *El paraíso en la otra esquina* nos muestra, por ejemplo, el subversivo andar del excéntrico pintor francés Paul Gauguin en su delirante rastreo del cosmos apropiado para desarrollar su obra, llegando finalmente, apartado del tiempo del resto de los mortales, y de los lugares asociados a la civilización con su modernidad deslumbrante, a establecerse en los confines del mundo, por allá por entonces recónditos edenos conocidos como la Polinesia Francesa. Escribo esta reflexión muchos años después, cuando bien habría podido manifestarla en su momento a través de algún artículo como este, pero no lo hice, y no sé por qué no lo hice, pese a que pasara por mi mente aquel episodio en varias oportunidades. Esta vez he decidido hacerlo impulsado por razones complementarias, y ha sido Alejo Carpentier, quien ha motivado este viaje en el tiempo que ahora emprendo.

El escritor de origen suizo pero cuya vida transcurre desde muy corta edad en La Habana, tuvo una relación muy particular con el artista plástico Wilfredo Lam, ambos vivieron en París hasta antes de la primera guerra mundial, y como todos los intelectuales y artistas latinoamericanos de buena parte del siglo veinte, no se consideraban plenamente tales si antes no habían tenido una experiencia o contacto con lo que mejor expresaba en el mundo la crema y nata de las ideas, de la intelectualidad: París. El propio Vargas Llosa, precisamente por estos días, ha realizado esta misma afirmación a propósito de su ingreso a la Academia Francesa. Francia era el cenit de la cultura occidental durante la primera mitad del siglo pasado, por tanto, todo aspirante a escritor, a pintor, filósofo o ensayista, nunca sería reconocido o respetado en el medio si previamente no hacía una pasantía por este país y, si además, no dominaba el francés. Carpentier llega a la capital francesa en 1928 y sale de ella en 1939 vía Nueva York para posteriormente viajar a Cuba. Lam viaja a Europa en 1923, inicialmente a España, hasta los años de la Guerra Civil, y luego termina en París. Prácticamente tuvieron vidas cruzadas, mientras uno se iba, el otro llegaba, pero ambos convergen en La Habana en 1942 donde se produce un intercambio de sensibilidades muy interesante.

Carpentier quizás sea el primero que adelanta la idea del realismo mágico en literatura, y Lam, con su perspectiva vanguardista en la pintura, tras la búsqueda de la especificidad, de la singularidad del mundo hispanoamericano con sus raíces en el exótico mestizaje que la caracteriza, muy especialmente, el universo representado por la cultura afro cubano, determina en ellos una simetría de afinidades intelectuales que comparten con una profunda amistad. Así, *La mañana verde* (1943) pertenece a esta experimentación surrealista con lo real maravilloso en la obra de Lam. Y *El reino de este mundo*, novela de Alejo Carpentier, es la primera incursión de un autor con un tipo de narrativa en la cual se explora las raíces culturales de los pueblos originarios latinoamericanos y africanos bajo una impronta surrealista; antesala o prelude de la ficción literaria que se consagra en el realismo mágico. *El reino de este mundo* comenzó a escribirse en este mismo lapso de compenetración y búsqueda expresiva que hermanaba a Lam y Carpentier, y fue publicado en 1949, cuando ya el escritor vivía en Venezuela. Sobre este aspecto es pertinente resaltar que, en 1948, un artículo suyo titulado *Lo real maravilloso de América* se convirtió posteriormente en prólogo de la mencionada novela. El magma literario de aquella narrativa lo encuentra en su viaje a la Gran Sabana en una misión de reconocimiento a la selva y al Orinoco.

El escritor se instala en Venezuela en agosto de 1945, en Caracas, contratado especialmente por Carlos Eduardo Frías para dirigir el departamento de radio de ARS Publicidad. En este campo, el autor era un verdadero conocedor, en París, logró acumular una importante experiencia realizando guiones radiales y *spot* publicitarios en vivo en las programaciones del medio que resultaba toda una novedad. Diríamos que prácticamente fue pionero junto a otros de lo que hoy conocemos como menciones publicitarias dentro de las emisiones en vivo de la radio. Ahora bien, su llegada a Venezuela, inicialmente prevista por un año para probar suerte, se extiende por catorce años. Aquí escribe su novela *Los pasos perdidos* teniendo como inspiración el viaje a la selva citado antes, y desarrolla, por otra parte, una intensa actividad cultural, hasta finalmente regresar a Cuba. De este periodo de su vida, el también musicólogo, nos deja un *Diario*, suerte de confesiones personales, publicado de manera póstuma con una nota de su viuda Lilia Esteban de Carpentier (1913-2008), fechada en abril de 1988. Ahí el autor, sin más presencia que la suya, expresa sus angustias como escritor, sus anotaciones, a veces como *aide-mémoire* de aquello que escribe –abundan en sus páginas, por ejemplo, tachaduras y correcciones sobre *Los pasos perdidos*–, expone

sus opiniones sobre los escritores que lee, muchos de ellos contemporáneos con él, además de relatar episodios y anécdotas muy precisas, plenas de comentarios ácidos sobre personajes del mundo intelectual de su tiempo.

El *Diario* no es un recuento de su día a día, y se limita al lapso que va de 1951 a 1957. Con posterioridad a su fallecimiento (1980), su viuda analizó el contenido, pero lo consideró inapropiado para publicarlo en aquel momento en virtud de los juicios que emitía sobre personajes aún vivos. He tenido ocasión de leerlo en una edición de 2013 de Editorial Letras Cubanas con un minucioso prólogo de Armando Raggi titulado *Los avatares de un escritor*. Nótese que la carta de Lilia Esteban es de abril de 1988, y la publicación del *Diario* tiene fecha de 2013, estimo que se debe a una disposición expresa de la viuda de realizar su edición posterior a su muerte (2008). Confieso que no sé cómo ni cuándo llegó a mi biblioteca, el caso es que lo leí de un tirón, sorprendiéndome mucho de lo que en él encontré. De todo ello, intuyo una personalidad compleja, apasionada, poseída por la literatura, meticulosa al extremo, y la de un intelectual refinado y porfiadamente exigente. Todo ello, sin duda, nos da cuenta de la prosa barroca y estilizada con la que escribía, obligando siempre al lector a leerlo con calma, con reposo, dispuesto a desentrañar su tejido abigarrado, y acudiendo en ocasiones, a un diccionario francés-español como soporte.

“14 de octubre. Ayer y hoy, trabajo sobre la versión definitiva (¿definitiva?) de *Los pasos perdidos*. Cuando la idea de esa novela se me ocurrió, de modo fulgurante, un mediodía en que tomaba un auto de alquiler para regresar a mi casa, me imaginaba que sería un relato de siete capítulos, que escribiría en unos veinte días. Empezándolo el 7 de Dic. de 1949, contaba tenerlo terminado para comienzos de enero. El libro ha cobrado 40 capítulos, y pronto se cumplirán dos años, desde el momento en que su tema se me impuso de manera ineludible.”

La cita textual corresponde al año 1951, manifestando Carpentier, como se evidencia, su dedicación a la obra que se publicaría en 1953, después de un extenso proceso de relaciones difíciles con editores queriendo cambiar su prosa. Igualmente, la cita corresponde a 1951. Como antes señalé, en el *Diario* el escritor anota sus opiniones sobre los autores que leía. Su referencia a varios de ellos es francamente penosa; pero, es ese su parecer íntimo, como cualquier otro mortal podría tener de sus congéneres en la reserva de sus sienes, siendo, en consecuencia, un juicio personal, sin pretensión de ir más allá de la circunspección con que se confiesa en unas páginas de su única lectura. Así que, su publicación, nos deja de modo inevitable, unas confidencias que mejor destino habrían tenido ignorarlas.

“11 de abril. La novela de Rómulo Gallegos sobre Cuba es horrenda. Se lo dije francamente a Juan Liscano, que parecía consternado (luego de haber hecho un elogio –cauteloso, es cierto– de la obra). La verdad es que él mismo no cree en ese libro, pero se ve constreñido, moralmente, a defenderlo, por fidelidad a sus ideas. Es imposible que no se dé cuenta del ridículo y la cursilería del capítulo en que Florencia Azcárate se mete en la jaula de los leones, para dirigirles un discurso a los guajiros. Confiesa en realidad que encuentra muy malo ese capítulo. (Es increíble que los amigos de Gallegos a los cuales dedica su libro se lo hayan dejado publicar: todo, en él, es malo. Y Cuba, en realidad, no aparece por ninguna parte).” El texto copiado pertenece al 11 de abril de 1952, y la novela aludida, es la obra de Rómulo Gallegos editada en 1952 bajo el título *Una brizna de paja en el viento*. Carpentier fue un hombre fiel a sus vocaciones: novelista y musicólogo. No obstante, incursionó en la radio como guionista y publicista, además de columnista en medios impresos de Venezuela, entre ellos, El Nacional, donde escribía en una columna llamada “Letra y Solfa” sobre literatura, temas relacionados con la pintura y las tendencias dominantes en filosofía. Por otra parte, ingresa como docente en la Escuela de Artes Plásticas de Caracas y eventualmente dicta conferencias en la Universidad Central de Venezuela; pero, como Sísifo, atado a quehaceres profesionales ineludibles en el ámbito publicitario que, en el fondo no le agradaban, y le restaban tiempo para su verdadera inclinación, su carácter, a veces, se volvía irritable, eso se desprende, al menos fue esa mi impresión, de la lectura de su *Diario*.

“Antier domingo 8, terrible espectáculo de Reverón loco. Habíamos llegado a su extraña casa, M. y yo, convencido de que los rumores que acerca de esto corrían eran falsos. Que sólo sus habituales excentricidades habían escandalizado a alguna gente idiota. Cuando cerró la reja de su casa, detrás de nosotros, con un candado, nos encontramos con un demente. Un demente que ha transpuesto a la fabricación y ordenación de objetos delirantes, una oscura voluntad de crear que aún subsiste en él [...] Durante dos horas, nos obligó a pasear en medio de una serie de siluetas, de objetos, de extraños artefactos, todos sórdidos, que, según él, están construyendo un cuadro. Un cuadro que comienza en una ceremonia que consiste en ponerse en una máquina de coser –que es una silueta de latón negro– y fingir que cosa un paño; en abrir las cortinas de una

cámara donde aparece un dibujo de la muñeca Carmencita (muñeca que tiene colgada más lejos, de unos alambres, y con la cual tiene una extraña obsesión sexual) que tiene (sic) “la cuca pelada como Jesucristo” [...]

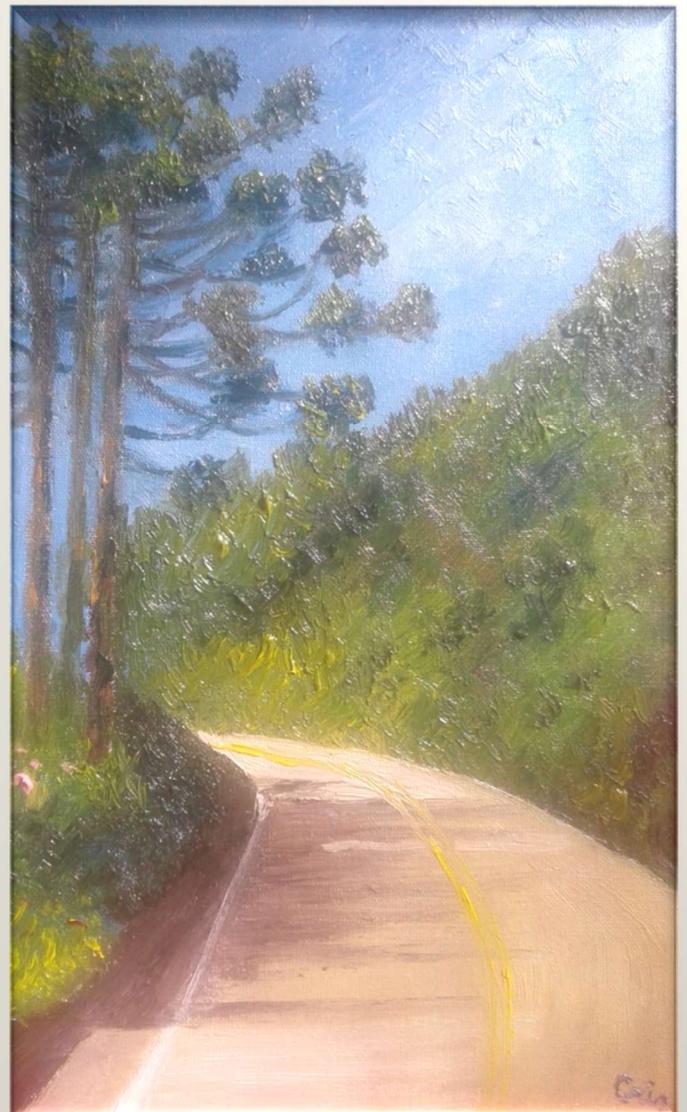
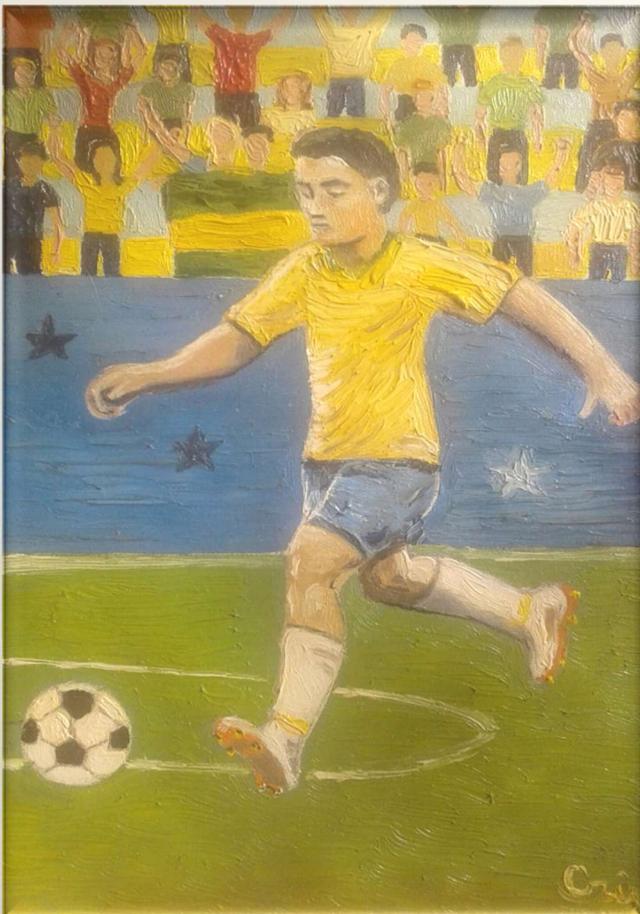
Tal impresión nos hizo a Medo y a mí esta visita, que, al salir, tuvimos que instalarnos un rato a la orilla del mar, para tratar de tener un contacto cabal con la realidad. [...] Ya no pinta absolutamente nada. Fabrica falsos instrumentos musicales, en silueta, que cuelga del techo de sus pabellones. A todo eso llama cuadros. Al salir, me rezó un padrenuestro, con devoción. Y me preguntó: “¿Qué santo es usted?” [...] ¡Horrible!”

La transcripción corresponde al 8 de enero de 1953. Ella relata la visita de Alejo Carpentier y Mariano Medina Febres (Medo), caricaturista, político y diplomático venezolano –por cierto, Medo es el creador del conocido personaje caricaturesco de Juan Bimba–, al artista plástico venezolano Armando Reverón. Reverón fue reconocido ese mismo año (1953) con el Premio Nacional de Pintura, y al año siguiente fallece en Caracas. Cuando recibe la visita comentada, el “artista de la luz”, como algunos le citaban al referirse a su obra, experimentaba en su pintura el llamado período sepia, dedicado a desnudos y marinas desterrando la diafanidad del blanco. Su arte, como un regreso a los orígenes del polvo, se transmuta en tonalidades arcillosas, terrosas, acogiendo el marrón como color principal, sin descuidar el matiz difuso de las figuras, como si fuesen una foto movida. Es el momento de las obsesiones del pintor por las muñecas fabricadas por él para ser tomadas en ciertas ocasiones como modelos en sus pinturas. Fue tal la relevancia de su pintura que, en 2007, su obra, supongo parte de ella, fue exhibida en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. El loco aquel que, tan mala impresión causara a Alejo Carpentier, ha sido reconocido como uno de nuestros más importantes artistas, y en homenaje a él, el 10 de mayo se conmemora el Día del Artista Plástico en Venezuela.

“Al responderle que no era ningún santo, lo tomó bien, diciéndome que le había hecho una broma, porque “cuando se reza a una persona, y esa persona se estaba quieta, sin rezar también, era porque esa persona era un santo”.”

El tiempo, al final, ha colocado a cada quien en su lugar.

Christiane Ventre



La Galería:

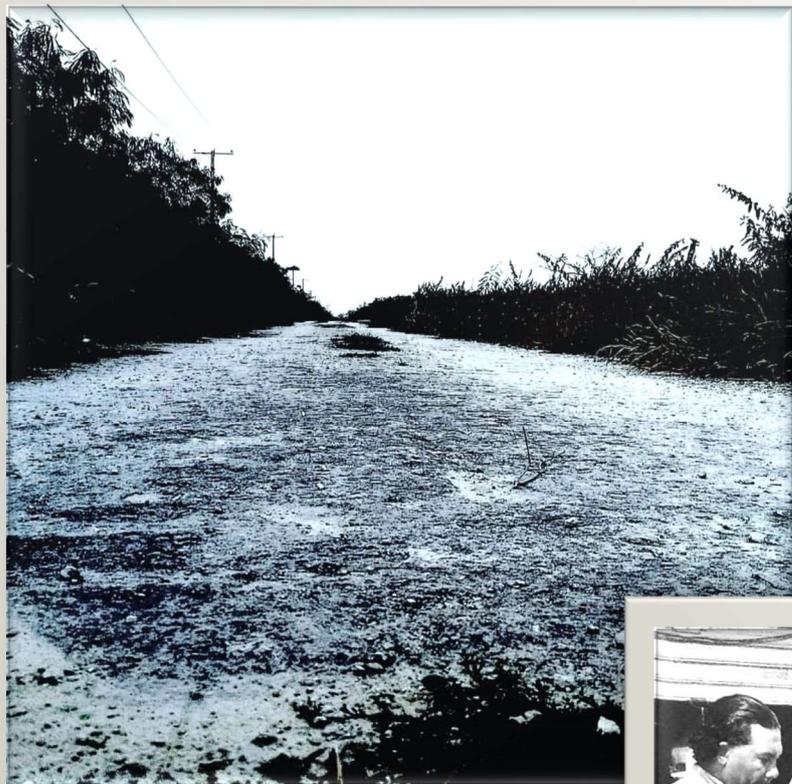
Punta Cana, otra mirada(I)

Carlos Enrique Blanco

Atardecer en Pueblo Bávaro



El ultimo camino



Mar de motos

Partida de dominó



La moto cargaba mucho



El Camino

(Serventesios)

Es duro a veces el hacer camino,
otras veces es llano y complaciente,
la vida te hace ser un peregrino,
camina siempre firme y bien de frente.

Nuestras alforjas suelen ir repletas
de amores, esperanzas e ilusiones,
pero no van con todo ya completas
también caben rencores y traiciones.

Andando vamos desde que existimos
porque la vida siempre es caminar,
no caminamos porque así vivimos
es que para vivir nos toca andar.

Cuando en algún momento nos paremos
sabremos si lo hacemos de buen grado,
pues nos paramos porque lo queremos,
o es que nuestro camino ha terminado

Es muy reconfortante hacer camino
si de la mano vas acompañado,
y mas hermoso es ir a tu destino
compartiendo avatares siendo amado.

Debes buscar la calma que bendices
y hallar felicidad sin esperar
a que nos hagan los demás felices
y en buena paz contigo mismo andar.

Miguel Panisello Pla

BARCELONA

Trazos sin línea

**Las barcas cicatrizan sin temor
la tez tersa del agua,
el brillo que ella guarda
para mi deleite sin su pudor.**

**El manto de la noche que tiñe
tapando sus complejos,
se enmarca él mismo, preso,
del horizonte que lo define.**

**Así es como el paisaje no escapa
de los trazos sin línea
que dibuja la misma
luna, que en la noche nace clara.**

**Y cada vez más difuminado
se vuelve el cielo enfrente,
cada vez más latente
dirige la oscuridad en lo alto.**

**Antonio
González
Hernández**

FIN DEL VIAJE

EROS

“El ser humano nació para tener los pies pegados a la tierra”, es lo que le repetía incansablemente a mi amiga Maira, empresaria de turismo, cada vez que me invitaba a un viaje en avión. No tenía ningún tipo de pudor en admitir las pavorosas emociones que me generaba, inclusive, subir al techo de mi casa a realizar algún arreglo. Tampoco el hecho de conocer otro país, era algo que me quitara el sueño, demás está decir que todo lo que pudiera distraerme lo podía encontrar dentro mi ciudad. Sin embargo, tengo que admitir que algunos templos y su maravillosa arquitectura en la parte más oriental del Globo, me generaba cierta tensión magnética.

Todas las constelaciones se alinearon para que por fin realizara mi primer vuelo. Atravesábamos el invierno, estación del año que mayor abatimiento me generaba. Tenía pendientes algunos días de licencia en mi trabajo. En coincidencia, Maira tenía que realizar un viaje a Camboya, país cuyo suelo sostiene todo el peso de *Angkor Wat*, mismo momento que en ese lado del planeta se atraviesa el verano, uno muy parecido al de mi país.

Maira me dio una semana para decidir; en principio, iba a declinar tan magnánima oferta. A medida que pasaban los días, mi mente solo pensaba en ver la luz, tocar, oler, caminar el espacio encerrado por las paredes del templo. Ni que hablar que el día previo al fin del ultimátum no pude pegar un ojo durante la noche. Me gusta prestar atención a los mensajes de mi mente primitiva, aunque la excesiva racionalidad que me ha caracterizado toda mi vida, me decía que no vaya, inconscientemente quería ir.

No es necesario mencionar todo el ajeteo previo al abordaje. Pero, aquella región inhóspita de la mente que me presionó para aceptar el viaje, ya sentado dentro del avión, quería salir disparada a aferrarse al suelo de mi ciudad. Antes de despegar, Maira vio como una gota de sudor se deslizaba por mi frente.

-Puedo ver en tu ceño fruncido que estás aterrado- me dijo con ironía.

Hacía esfuerzos sobrehumanos para detener los violentos temblores de mi manos, que no surtían efecto. Me aferré fuertemente al apoyabrazos, como si eso fuera a salvarme en el caso de que se cayera el avión.

Ya en el aire, a mi izquierda tenía la ventana en forma de ojo, por la que observaba el suelo a miles y miles de metros por debajo. Solo desde tamaña altura es cuando la conciencia se da por enterada de la minúscula partícula de polvo que es el ser humano, en comparación la inmensidad del planeta. Ni siquiera me atrevo a hacer una comparación con las distancias astronómicas. Solo intentar entender la magnitud del Universo me genera escalofríos. Ante todas estas reflexiones cosmológicas que atravesaban mis neuronas, perdido en un mar de pensamientos, mi cuerpo, pareció olvidarse de todos los miedos. Cuando me di cuenta, mis manos estaban tan relajadas como nunca antes, a lo que Maira me dijo:

-¿Viste que no era tan difícil?

En ese momento sonó una voz que provenía de todas direcciones. Ni siquiera presté atención a lo que dijo, pues seguía reflexionando.

Pasados unos minutos, con la mirada perdida en la ventana, noté que paulatinamente comenzaron a asomarse gigantescos nubarrones inmaculados; me acerqué hasta que mi frente tocó el vidrio, a observar de arriba a abajo, buscando donde comenzaban y donde terminaban esas nubes colosales, pero parecían no tener principio ni final. Aquella muralla blanca, se perdía en el horizonte, y en lo alto, se elevaba hasta tocar los límites de la atmósfera. Tuve la impresión de que estábamos en los bordes de la Tierra. Mientras la nave seguía avanzando, para ser engullida por la feroz naturaleza, las descargas eléctricas saltaban de un lado a otro. Me resultó muy curioso como algunas líneas en zigzag parecían flotar por algunos segundos, inmóviles, palpitando entre las columnas de la tormenta y luego desaparecían misteriosamente.

-Vamos a entrar en una turbulencia - dijo Maira.

-La tormenta eléctrica se ve amenazante- le contesté *- pero una aeronave como esta funciona como una jaula de Faraday, no corremos ningún peligro.*

-Quién lo diría, hace algunos minutos estabas por desmayarte del susto, y ahora parece que hubieras viajado toda tu vida. Solo tenías que animarte- Dijo Maira con dejos de sabiduría.

Ni bien terminó de decir eso, un fuerte sacudón interrumpió la calma del viaje, de no ser por los cinturones de seguridad, juraría que mi cabeza terminaría estrellada contra el techo.

Al mirar por la ventana, ya no se veía absolutamente nada, el vidrio estaba completamente opacado por un manto de niebla. Otro sacudón golpeó la nave, más fuerte que el primero, como si hubiera sido embestida desde afuera por algo muy fuerte, este segundo golpe, arrojó varios objetos por los aires, dejando un sendero de comida y accesorios repartidos por todo el piso. Ya con el segundo movimiento, el resto de la tripulación comenzó a murmurar con preocupación. Las azafatas corrían por el pasillo de un lado a otro, lo cual, no contribuía a calmar a la gente. Sin embargo Maira, me decía que todo eso era normal cuando un avión atraviesa una tormenta.

Un violento golpe desde arriba generó algunos gritos de terror, mismo momento que las luces se apagaron dejando todo el fuselaje en penumbras. Sumergidos en la oscuridad, algunos resplandores parpadeantes atravesaron las ventanas en forma de túneles de luz, pero rápidamente los generadores volvieron a encender de a poco y de forma lenta el sistema de iluminación, generando un nuevo clima de tranquilidad.

Esa fue la última calma que cruzó por el espíritu de la tripulación, porque de inmediato, por la ventana se cruzó una luz resplandeciente, que se disparó desde atrás en completo silencio, enseguida algo que me dejó completamente pasmado, un enorme pilar de fuego, originado desde el mismo lugar envolvió todo el avión, y seguidamente se un escuchó fuerte rugido. Una enorme explosión, tan potente como una bomba destruyó la parte de la cola, de modo que el interior se despresurizó en menos de un segundo, lo sentí como si una fuerza extraordinaria intentara aplastarme contra el respaldo del asiento. Mencionar los alaridos de las personas, por ver a La Muerte entrando al avión con sus heladas extremidades, y su filosa guadaña, provocarían terribles pesadillas hasta el individuo más carente de sentimientos.

Mientras era aplastado contra el respaldo, sentí que lentamente comenzaba a girar hasta quedar de frente a la Tierra, ahora una enorme fuerza de atracción me arrastraba hacia un abismo. Íbamos directamente y de frente a estrellarnos contra el suelo.

La velocidad de caída libre aumentaba exponencialmente, y yo que tanto me había opuesto a viajar en avión por miedo a morir, ahora estaba yendo directamente a los dominios de la destrucción, y no había nada que pudiera hacer, más que

esperar con dignidad el inevitable Destino, tal vez era mi turno, porque fue mi decisión, y mi sabio inconsciente ya me tenía preparada la fecha de caducidad.

Cada vez más y más rápido nos dirigimos hacia una colisión irremisible, lo que quedaba del avión comenzó a girar en forma concéntrica, dando revoluciones a gran velocidad, por lo que pensé, que antes de que este pedazo de metal toqué el suelo habría perdido la consciencia. Mi amiga Maira estaba totalmente dormida, o muerta, no puedo definirlo, lo único seguro es que ambos sucumbiríamos en pocos minutos.

Si tan solo pudiera describir con palabras el maravilloso sonido de un bólido desgarrando el aire a gran velocidad, pero lastimosamente este fascinante espectáculo terminará con mi aniquilación. Miles y miles de llamas incandescentes de vivos colores rojos, naranjas, púrpuras, azules, rodeaban el cilindro, tal que si fuera una estrella fugaz o un meteorito chocando contra la atmósfera. Estaba muy mareado, casi inconsciente, pero podía escuchar el vivísimo zumbido de la caída, juraría que así suenan las Trompetas del Apocalipsis.

En ese momento recordé la noche que no pude dormir, antes de aceptar el viaje, estaba en mi cama, mirando

Desértica, Jorge Etcheverry hacia el techo, y esa imagen se apagó, y luego se apagó la imagen de mi casa, luego se apagó la imagen de mi país, luego se apagó la imagen de la Tierra, luego el Sistema Solar, y luego la imagen del Universo se apagó para mí, porque el *“ser humano nació para tener los pies pegados a la Tierra”*.



LAMENTOS DEL AMARGO

Pedro, Marina y Antonio trabajaban junto al resto a un ritmo angustioso. Sabían que trabajar más que el resto les brindaría mejores oportunidades. Competían entre ellos constantemente. Hacían mucho ejercicio. No querían ser los típicos fofos y feos. Parecían admirar y envidiar a aquellos que eran trabajadores. A aquellos que conseguían lo que querían. También a los que mejoraban a su vez su físico. La mayoría eran como ellos. Todos mejoraban de manera independiente. Las recompensas de su trabajo eran cada vez mejores. O eso pensaban ellos.

Al rato tuve que dejar de mirarlos. Era imposible soportar el estridente ruido de carraca que desprendían esas ratas en sus constantes e impacientes carreras. Cada día que pasaba por el escaparate de aquella veterinaria, los harapientos roedores parecían volverse más adictos a las coloridas semillas que obtenían como recompensa de su trabajo. Esto sucedía a la par que disminuían los juegos y mimos entre ellos. La ingeniería de su alimentación era cada vez más sofisticada y personalizada. Por otro lado, observaba que, cuanto más fuerte se volvía uno de ellos, más ejercicio parecían hacer el resto ante la posibilidad de quedarse sin apareamiento. Los ingenieros y veterinarios ignoraban si esos mamíferuchos cosmopolitas eran más o menos felices con esta creciente competitividad. ¿Acaso algo así se podía medir? Lo que estaba claro era que, gracias al acelerado movimiento de sus sucias ruedas, las azules luces de neón que iluminaban la veterinaria eran cada vez más intensas y la afluencia del local estaba en claro aumento. Además, la automatización del sistema de iluminación iba a empezar en unos días, con lo que podrían ir poco a poco liberándolos de sus trabajos y las ratas podrían dedicarse únicamente a lo que más les gustaba: comer. Hoy recuerdo esa imagen mientras, sentado en la vieja silla de enea, observo a mi hermana entrar en la caseta y arrodillarse ante el altar que acumula mis recuerdos.

Contempla cabizbaja el rincón donde halló mi cuerpo inmóvil hace cuarenta años. Cuando trae nuevos objetos suelo mantener mi concentración en ellos, aunque la observo a ella de vez en cuando. La mayoría de lo que trae le provoca una débil sonrisa nostálgica que mantiene durante horas, pero esta vez apenas levanta la mirada del suelo.

Hace ya bastantes años del día que dejé el trabajo, cuando volví a la casa de mis padres. El primer día no tenía nada que hacer, así que salí al balcón cuando me levanté. El sol seguía refugiado bajo los tintes anaranjados del horizonte cuando llegó el primer tranvía. Los trabajadores más madrugadores se apresuraban a entrar en los vagones inmersos en sus revistas y periódicos, personalizados por el diario local desde hacía unos meses para ajustarse a los gustos de cada lector. Algunos viandantes comentaban los retratos y noticias de los vecinos y celebridades que les interesaban. Así lo hacían también los niños que se dirigían a la escuela de la esquina, que corrían para compartir sus coloridas revistas con sus compañeros. Tras vaciarse la avenida de niños y trabajadores, aquellos que no trabajaban cruzaban la acequia de camino al mercado o al gimnasio. Las mujeres se protegían del sol del mediodía bajo los naranjos lindantes, cubiertas por polvos blancos que probablemente repelerían en unos años con la llegada de alguna moda antagonista. Me incomodaba pensar en lo fascinantemente absurdo de nuestros cuerpos: cómo leyes simples y probabilísticas llevaban al polvo de las estrellas a formar armatostes semejantemente irresponsables y torpes, inseparables del sufrimiento. Cómo sencillos mecanismos evolutivos llevaban a que disparatadas secuencias de articulaciones bucales fueran usadas para la comunicación, o a que extravagantes bigotes pudieran asociarse con más posibilidades de reproducción. En el momento en el que sonaba el timbre del colegio y el tranvía descargaba a los exhaustos trabajadores, mi padre me llamó para comer.

El agua me acariciaba los tobillos.

Mi padre colocaba lentamente la insulsa ensalada sobre la mesa cuando preguntó:

– Bueno... ¿Nos vas a contar qué ha pasado?

– Me sentía atascado, incómodo – respondí, nervioso, tras unos segundos de vacilación–. Llevo muchos años en la empresa y no parecía que mi trabajo fuera a mejorar pronto. Tampoco acababa de integrarme en la cultura extranjera. No tengo claro que quiera seguir dedicándome a esto.

- ¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Pretendes quedarte en casa sin hacer nada?
- No sé, papá. He ahorrado para aguantar unos meses mientras encuentro algo con lo que seguir sobreviviendo. Tras un tenso silencio, mi madre exclamó:
- Creemos que no es positiva esa actitud apática a la que te aferras, Amargo. Tienes una idea equivocada de lo que es la vida. Deberías trabajar y hacer amigos, como hacen los chicos de tu edad, en vez de aislarte como estás haciendo. Así conseguirás encontrarte mejor.
- En parte, tenían razón. No sentía que mi forma de actuar y mis decisiones me estuvieran llevando a una vida mejor, sino todo lo contrario. Sin embargo, era incapaz de conseguir las fuerzas para trabajar o relacionarme. Todo lo que me había motivado a estudiar la carrera y salir fuera, ahora me dejaba indiferente. Los últimos meses sentía que tiraba de mi pecho una larga cadena de hierro, que se volvía más pesada cuando cruzaba el frío arco de plomo que daba la entrada a las oficinas. Quería buscar otra cosa, algo, no sabía el qué. Tampoco si algo conseguiría llenar el vacío que sentía en ese momento.
- Al terminar de comer, fui a ver a Juan, mi mejor amigo. Sentados en los sillones de piel de caballo sintética del oscuro y amplio salón, me estuvo contando sobre el viaje que había hecho con Ana a Mallorca. Ana había sido mi novia un par de años hasta que me confesó su amor por Juan. Tampoco me había afectado demasiado, era verdad que ella era más afín a él que a mí. Cuando acabó su relato del viaje, comencé a contarle a Juan lo del trabajo. Al poco tiempo empezó a ojear el periódico mientras decía "te escucho" al pasar las páginas. Cuando terminé, respondió, levantando de vez en cuando la mirada del papel:
- No te preocupes, nos pasa a todos. Tampoco me gusta mi trabajo, pero me da de comer. Intenta no darle muchas vueltas y hacer un esfuerzo, ya verás como en el próximo trabajo te pagan mejor. Eso anima a cualquiera.
- Era verdad que me daba de comer, y a lo mejor debería haber aguantado algo más, pero no me sentía con fuerzas de continuar allí con esa rutina. Tampoco sabía bien qué me pasaba, pero frecuentemente sentía que el vacío del pecho me quitaba el aire, y más cuando volvía de trabajar. No quería esa forma de sobrevivir. Cuando hice el ademán de responder, Juan se levantó y dijo:
- Te voy a tener que dejar, tengo una fiesta esta noche y debería empezar a prepararme. Nos vemos otro día ¿vale?
- Suspiré y asentí. La conversación tampoco iba a llegar a mucho más. Me despedí y me dirigí a casa. Pensé que en este ambiente tampoco iba a estar muy cómodo. Había intentado retomar la relación con viejos amigos, pero tampoco habían mostrado mucho interés por verme. Decidí que iba a irme al campo a despejarme unos días. Llegué a casa, cambié mis mocasines azules por unas botas, metí un par de cosas en una bolsa y cogí la bici rumbo al norte.
- El agua alcanzaba mis rodillas.
- La luna iluminaba a los pocos vagabundos que caminaban a esas horas por la interminable y monótona avenida de entrada a la ciudad. Yo pedaleaba, exhausto, en su misma dirección, contraria a la de los flamantes coches que, precipitados, rompían ocasionalmente el silencio de la noche levantando la gravilla del asfalto. Abandoné la avenida por los lóbregos y sinuosos carriles que lindaban las acequias y azarbes menores, cada vez con menos caudal a medida que me alejaba del río. El olor a azahar se volvía ya casi imperceptible cuando me encontré con la ladera del monte. Mis piernas perdían su fuerza a medida que avanzaba por la rambla, cada vez más oscura. Cuando ya no alcanzaba a ver lo que pisaban las ruedas de mi bicicleta, tropecé con una pequeña caseta abandonada. La luna se escondía y, extenuado, decidí detenerme y pasar ahí la noche. Una vez hube abierto las podridas ventanas de madera para que saliera un poco de polvo, dejé mis cosas sobre una deshinchada silla de enea, coloqué mi manta sobre el suelo de piedra y me dormí.
- Los siguientes días los pasé en ese seco monte de margas y areniscas, únicamente regado por el tímido arroyo que discurría junto a la caseta. Tenía dinero, pero no me apetecía recorrer el camino que llegaba al mercado más cercano, por lo que me alimenté a base de naranjas, limones y hortalizas del huerto más próximo bajando la rambla. También comencé a cuidar de unas cabras que merodeaban los escarpados y resbaladizos *badlands*. Me hacían compañía bajo el sofocante sol de junio. Pensaba recurrentemente en que no echaba de menos mi casa. Al fin y al cabo ¿qué podía atarme a ese pasado que tanto sufrimiento me había causado? Sin embargo, los punzantes pensamientos que perpetuaban mi sufrimiento no me abandonaban. Sentado sobre una roca, observando a una cabra rascarse con las paredes de la ruinosa caseta de cal, pensé que no sabía cómo había llegado a ese punto en el que no entendía nada ni a nadie. En el pasado, había sido una persona muy alegre, pero en los últimos años había ido perdiendo la relación con mis amistades, mi familia e incluso conmigo mismo. No sabía muy bien tampoco cómo había ocurrido. En ese momento no me encontraba incómodo allí en el campo, estaba mejor que en la ciudad. No obstante, tampoco había nada que me motivase a levantarme por las mañanas. He de decir que

podría vivir de esa manera. Sólo el observar mi alrededor y cuidar a las cabras me entretenía, pero los pensamientos que cruzaban mi cabeza constantemente sobre mi pasado y lo absurdo de la sociedad y la gente me impedían disfrutarlo.

Reflexionaba sobre cómo había evolucionado mi vida en los últimos años cuando una fuerte ráfaga de viento me cubrió los ojos de arena. Advertí cómo una inmensa nube negra avanzaba desde las montañas del sur y ya posaba su sombra sobre la ciudad y la huerta del levante. Si llovía mucho, era bastante probable que la rambla se inundase. Pensé que debía salir de allí, pero era tarde y estaba un poco cansado, por lo que decidí esperar a ver qué pasaba.

Sentado en la cabaña, observaba cómo el agua empezaba a colarse por el umbral de la puerta mientras reflexionaba acerca de mis últimos meses. Los sedimentos y las plantas que había arrancado el agua hacían retumbar el decrepito tejado de madera al golpear por fuera la pared de gotelé. No me sentía con el ánimo para tratar de escapar de la riada. Viendo lo que se avecinaba, aquel 25 de junio empujé con vigor la puerta atascada por el agua para cortar las adelfas que la tapaban. Después, pinté sobre ella una cruz y puse mi nombre debajo con un metal afilado. Si encontraban mi cuerpo, no quería que fuera una sorpresa desagradable para nadie. Cuando, sentado en la vieja silla, sentía el agua cubrir mi pecho, miré el reflejo de mi desfigurada cara una última vez. Era la primera vez que me sentía en paz desde hacía mucho tiempo. Sabiendo que iba a acabar mi sufrimiento, cerré los ojos mientras conservaba una tranquila y leve sonrisa y me dormí.

Los mocasines azules que ha traído mi hermana me los regaló ella. Los llevaba puestos el día que, con sus pozos cristalinos nublados por las lágrimas, observaba la discusión que tenía con mis padres la última vez que me vio con vida. Ahora posa tímidamente aquellos mismos ojos sobre los zapatos. Encogida, inerte, parece que trata de esconder con sus arrugados y finos brazos el abismo que lleva abierto en el alma ya cuatro décadas. Dejo de observarla para recorrer con la mirada las ofrendas que se han ido acumulando junto a la pared. Abundan las estampas y los símbolos religiosos que, aunque ni ella ni yo somos creyentes, nos recuerdan a nuestra abuela. Falleció en enero del año en que encontré esta caseta en la que me encuentro confinado. Estos símbolos, cruces, rosarios... están iluminados por un tembloroso candelabro plateado. Este no sería necesario si no fuera por el reducido tamaño de las ventanas, abiertas, a través de las cuales puedo ver el inhóspito yermo de la rambla, por la que ya dejó de discurrir el arroyo. Sobre el candelabro, hay colgadas fotografías mías con mi hermana. En la fila de más arriba hay un par, enmarcadas con sobrios marcos plateados, de cuando nos divertíamos jugando al fútbol o al pilla-pilla en el parque de debajo de casa. Recuerdo con nostalgia cuando, siendo ella muy pequeña, la perseguía fingiendo que le iba a quitar la pelota y, riéndose, escapaba galopando como si le fuera la vida en ello. En medio, se encuentran momentos como mi graduación, algunos de mis cumpleaños, el día que mi madre nos compró un periquito... En la mayoría, enmarcados en madera, sonrío y me encuentro abrazado de mi familia o mis amigos. Me gusta imaginarme qué otras fotos habría ahí si hubiera intentado escapar de la riada. Más abajo, las fotos con mi abuela en su finca de olivos están rodeadas con intrincados arabescos dorados. En la casa de la finca, nos enseñó a plantar, cocinar o tocar el piano. Nos contagiaba su inexplicable optimismo, su insaciable curiosidad. Me pregunto cómo sus costumbres, amigos o familia podían ser combustible suficiente para aferrarse a la vida con tal fuerza. También me había introducido al flamenco, regalándome una guitarra de madera de ciprés que ahora se encontraba a la izquierda del altar. Mi hermana la trae y se la lleva todos los días que viene. Llevo todas estas décadas, cuando mi hermana sale a respirar antes de irse cada domingo, colocándome la guitarra sobre la pierna derecha para arrancar por tarantas. Siempre que voy a hacerlo, escucho sus pasos de vuelta al pisar las cicutas y ortigas de la entrada y me apresuro para volver a colocarla donde estaba.

Esta vez, cuando entra apoyándose en el yeso del marco, se duele tras superar el escalón de la entrada. Sus rodillas empeoran cada semana, y algún día dejará de venir. Antes de tal día, conseguiré tocar la falseta de entrada de la taranta y, cuando mi hermana la escuche a través de la puerta, sabrá que no era el viento lo que descolocaba la guitarra.

Gabriel Albasini

ELUCUBRACIONES

Si se sabe de mi paradero, me hallarán olvido, hundido en alguna llovizna tenue de otoño o perdido en algún insomnio inesperado.

Si me encuentran en algún rincón de la casa, por ahí, por donde pasan los pasos y los recuerdos polvorientos, no me levanten, no me devuelvan.

Si alguien escuchó la voz en la que quise escapar, si me ven sombra en mirada ausente por el souvenir de un sol perdido o me escuchan silencio inmerso en los cantos del viento, no me aparten entonces del vuelo de los pájaros.

Si me saben huellas entre cenizas recogiendo mis memorias en compañía de una música límpida y herida, no me busquen, pues si me encuentran este día, me encontrarán como un camino que se pierde entre la neblina.

Texto e imagen:

Mateo Madson



EL GATO NEGRO

Ingrid Levy

e iniciaron un segundo ritual de complicidad, era el comienzo de una amistad, sin duda. A ambos les complacía la idea.

Eva estaba cumpliendo cuarenta y un años y no se sentía bien. La verdad no entendía si era algo interno o externo, pero en las últimas semanas se despertaba agitada, sudando y con una angustia que no sabía de dónde emanaba. Recientemente la habían despedido de su empleo como editora en una revista. *Recorte de personal*, había mencionado su jefe, pero ella sabía que, en el fondo, la repentina decisión había ocurrido por haberse negado a los insistentes desplantes de acoso del susodicho. Aunado a los problemas económicos suscitados, el estrés de sus propios conflictos, la estaban convirtiendo en un ser amargado con toda clase de dolencias. Una tarde, mientras caminaba, casi tropezó con un gato negro de ojos verdes, robusto y parsimonioso. Caminó hasta Eva, como si alguien le acabara de dar la indicación de hacia dónde dirigirse. Parada de frente al mar de

coches que la rebasaban a más de 70 km. por hora, le embargó una terrible y profunda melancolía, se le alojaba en el pecho y en los brazos, corriéndole crecientemente por el cuello, hasta llegarle a las sienes y a los párpados, produciéndole un llanto incontenible, que la mortificaba de manera seria y preocupante, entonces el gato le clavó una mirada de aceituna a los inmensos ojos también verdes de Eva, se miró en ambos a la vez y le sonrió. Eva se calmó repentinamente sin saber por qué y paró su llanto. Se sentó tranquila en una banca de madera raída y dejó de lamentarse. El hermoso cuerpo pintado de azabache se restregó por sus pantorrillas y comenzó a hablarle cordialmente, sosteniendo una conversación silenciosa, armónica, llena de paz. La mujer le acarició el torso; nunca había visto gato más hermoso. Sus ojos de cristal la miraban de perfil, ahuyentados por los gritos ansiosos del coro vespertino, casi satánico, de varios perros vecinos.

Eva lo imaginó cual estatua en su buró; se vio disecándolo para nunca perderlo, pero en seguida la invadió una profunda culpa y la sensación de que estaba siendo egoísta, al tener esos pensamientos. Se volvieron a mirar, e iniciaron un segundo ritual de complicidad, era el comienzo de una amistad, sin duda. A ambos les complacía la idea. La nostalgia que sentía el gato de días mejores se había esfumado, como hechizo. También la profunda tristeza que lo embargaba por presenciar aquella terrible escena de indescriptible violencia humana, ahora se desdibujaba en sus recuerdos. Hacía ya una semana, cuando después de kilómetros y kilómetros de andar, aquel camión se acercó y lo atrapó, con el más ingrato de los tratos, encaminándolo de inmediato a un destino incierto, entre las

tinieblas de acero con más animales asustados e indefensos. Desde que había escapado de aquel espantoso martirio, vagaba en las calles, asomándose a los basureros o a las entradas de los restaurantes para rescatar una que otra delicia, topándose con otros seres callejeros no tan civilizados y rodeado de insultantes y salvajes bestias, peligrosos perros y animales caníbales. Ella intuía alguna clase de sufrimiento sin saberlo de forma explícita, así como él la consolaba sin externar palabra, sólo sus lenguajes corporales percibidos más por el alma que por el oído, y miradas, constantes y penetrantes miradas.

A partir de aquel día, cada tarde, a las tres en punto, mientras Eva se paraba de frente al mar de coches que viajaban a 70 Km. por hora, le embargaba una profunda alegría, mezclada con ternura y esperanza al encontrarse con él. Conversaban varios minutos en silencio, pero, aunque al principio se trataba de un silencio liviano, cada día se iba espesando; los sonidos gatunos se iban vocalizando, formando palabras, luego frases, hasta que sus conversaciones eran casi humanas y la brecha que los separaba se iba acortando, llenando sus almas de una plenitud y una compenetración casi absoluta. Un día que conversaban cada uno con un café en la mano, Eva cayó en la cuenta de que aún no sabía su nombre y se lo preguntó. “Adán”, me llamo Adán”, oyó con una voz cada vez más grave y articulada, mientras la voz de ella, por el contrario, se iba adelgazando y su forma femenina se iba acoplando a la de él hasta reflejarse en aquellos ojos cristalinos, quedando entumecida y de frente como un espejo...

Desde ese momento se homogeneizaron sus voces, escuchándose desde dentro, entendiéndose más que nunca, se alejaron ambos con sus cuerpos espigados, esbeltos, azabaches, ambos ojos cristalinos, como aceitunas verdes, ambos cómplices, astutos, compañeros de dolor, de tristeza, de nostalgia, de desgracia, ambos felinos...



PUEBLOS Y RAZAS AUTOCTÓNAS DE CHILE, UN VIAJE A NUESTRA GEOGRAFÍA

0 En un día tan especial,
El de todas las razas de Chile.
Parto con lo celestial,
Entre indios y estoriles.

1 Por allá por el río Loa
Se conocieron los CHANGOS.
Cazando lobos en canoa,
De Coquimbo por los tambos.

2 En el desierto, los ATACAMEÑOS
Sin estados centralizados.
Del altiplano y con grandes empeños
En tribus independizados.

3 Los alfareros eran los DIAGUITAS,
Por los ríos Copiapó y Limarí.
Con flujos de causes y agüitas
Y ellos no hablaban guaraní.

4 En el Itata y el Aconcagua,
Se repartían los PICUNCHES.
En rucas, más acá de Rancagua
Y no abarcaban los invunches.

5 Los CHIQUILLANES eran los recolectores,
Cercanos a la cordillera de los Andes.
De guanacos eran sus cazadores,
Y también fueron nómades grandes.

6 Los PEHUENCHES, fueron recorredores
De largos faldeos cordilleranos.
No se sabe si eran tejedores
Comiendo piñones en los veranos.

7 Los PUELCHES, raza alfarera
Y desde Osorno ya cazaban.
Guanacos por la empinadera
Y a los cultivos, no llegaban.

8 Los MAPUCHES, en tribus compuestas
Que las comandaba el "lonco".
Con agrupaciones muy dispuestas
Y fuertes como un tronco.

9 Por el Toltén y el río Bueno,
Los HUILICHES deambulaban.
Con institución de mucho espero
Y en sectores se organizaban.

10 Por Chiloé se establecían
Los CHONOS, con sus embarcaciones.
De la pesca subsistirían,
Y con la papa, en ocasiones.

11 Nació una raza muy tardía
Con huiliches y chonos: CUNCOS.
Pueblo que del maíz se nutría,
Escondidos entre los juncos.

12 Cazando guanacos por la gran Tierra del fuego,
Y por la Patagonia, están los TEHUELCHES.
Tenían lengua propia, sin ningún sosiego
Eran seminómadas en bandas pedestres.

13 Viviendo en tiendas semicirculares
Encontramos a los ONAS, que eran bandas.
Con creencias religiosas muy singulares
Cazando aves y guanacos a sus anchas.

14 Los ALACALUFES, por islas y fiordos,
Comiendo mariscos y lobos marinos.
Eran nómades y no gordos.
Y pescadores muy ladinos.

15 Los YAGANES, en los canales
Del Beagle a Tierra del Fuego.
Pescando y cazando animales
Y vistiendo las pieles y cuero.

16 Los nativos de la isla Pascuense,
Eran RAPA NUI, con Moais coronados.
Cultivaban su arte rupestre
Y sus bailes ceremoniados.

17 Los AYMARAS son pueblos milenarios
Que vivían de la agricultura.
Del altiplano son originarios,
Y es prehispánica su cultura.

18 Entre los indios Pre-cordilleranos,
Están los QUECHUAS, con sus rituales,
Por las laderas de los altiplanos
Manteniendo sus raíces ancestrales.

Termino esta alegoría
De Chile, y sus razas de historia.
Por las regiones y la gran geografía,
Registradas en la memoria.

Jorge Santhos

ASEDIO

Y así, todo el tiempo,
te detienes y lo piensas:
¡Esto NO pasará!
NO, esto pasará.
¿Esto pasará, NO?
Y si de repente sucede,
¿lo enfrentas o lo niegas?
Repetirás, sin cesar:
Renuncia, corazón;
vuelve, razón.

Silvia Andrea



Dilemas filosóficos de la migración

Julio Isaac Sánchez Villanueva

¿Cómo responde la Filosofía a las cuestiones relacionadas con la migración? La filosofía no resolverá el problema de la migración, pero sí puede brindar apreciación ética de la política frente a los migrantes. Actualmente existen dos posturas encontradas: una que parte del derecho de la libertad de movimiento y por otra parte, la relativa al derecho de los Estados nacionales a limitar el acceso a su absoluta discreción, es decir, por una parte se encuentran los partidarios de la universalidad de los derechos humanos y en contraparte quienes abogan por el nacionalismo y la legitimidad de las fronteras.

Hoy disertaremos con una perspectiva filosófica el fenómeno de la migración, la cual se da por diversos motivos y modalidades, como pudieran ser las razones de crisis humanitarias o conflictos bélicos en las regiones o países de origen, pero en los que también juegan otros factores en la región o país receptor como son el declive demográfico o la demanda no satisfecha de mano de obra calificada, sin embargo, existen otros elementos fundamentales en este dilema como son los recursos limitados.

En 1974, Garrett Hardin, ecologista americano, publicó la "Ética de bote salvavidas" donde plantea como escenario que los países ricos son un bote salvavidas y las regiones pobres representan a naufragos, por tal razón al contar el bote con recursos limitados para sobrevivir y al ocuparse a su máxima capacidad no existe la obligación de ayudar a los demás infortunados, dado que apoyarlos podría conducir a la catástrofe generalizada al irse a pique todo, por lo que para sobrevivir se debería dejar a un lado los principios de moralidad y justicia social, dando paso a la falta de compasión y egoísmo para sobrevivir los ocupantes del bote. Abordando ese mismo asunto desde otra óptica, en 1975 la filósofa británica Onora O'Neill detalló en su artículo denominado "La Tierra como un bote salvavidas", que en lugar de naufragos (países pobres) y bote salvavidas (países ricos), todos estamos en la misma embarcación, aunque al igual que en un crucero existen diversas clases de turistas, de premier a económica, y con esto el conflicto son los suministros limitados de la embarcación, por lo que el dilema es ahora si podemos negar las provisiones a quien está a bordo de acuerdo a determinados

critérios, abriendo pauta a que podría haber muertes inevitables pero no se justificaría el homicidio ni lo hace equivalente a la defensa propia. Así O'Neill retomaría el dilema desde el punto de vista del contrato social de John Locke, priorizando los derechos y deberes de los individuos y por tanto se plantean dos escenarios. En el primero, existen provisiones suficientes y por tanto, al no existir escasez de suministros no estaría justificado impedir que alguien suba al bote o negarle víveres si ya está abordo. En el segundo escenario, las provisiones son escasas y por tanto, los mecanismos de cooperación grupal no servirían, por lo que se tendría que analizar los mecanismos selectivos para priorizar el otorgamiento de los suministros en base edad, sexo, condición de salud, o cualquier otra variable, estableciéndose alternativas de decisión similares a las determinadas en el siglo XIII por el filósofo Tomás de Aquino, denominada la doctrina del doble efecto (actos y omisiones) en la que se realiza una distinción moral entre las cosas hechas y las consentidas, teoría que divide a los autores que reflexionan sobre cuestiones éticas, pues no actuar para ayudar a los naufragos es una decisión también válida, de modo que la elección se convierte una práctica de "jugar a ser Dios", en donde la "omisión" resulta en algún sentido menos reprochable que la "acción". En síntesis, podríamos comentar que en el caso de Hardin su orientación era el exceso de población mientras para O'Neill la disyuntiva lo representan los recursos limitados, por lo cual, como todo dilema trágico, los resultados pueden ser aborrecibles, pero no al mismo nivel de detestables. Es así, que si todo confirma que las fronteras abiertas no son una respuesta a la pobreza en el mundo, la cuestión es: ¿a quién se debe ayudar?. Siendo la respuesta ensayar otras alternativas tendientes a mitigar el fenómeno de la migración, una de ellas es el concepto del "Bottom Billions" de Paul Collier, economista americano, quien visibiliza "los mil millones de personas más desvalidas del mundo" - los más pobres del planeta agrupados en 60 países- en los que debiera darse soporte internacional a las estructuras económicas locales mediante el asesoramiento normativo y operacional, sobre todo en estructuras agrícolas, como medida para mitigar en un futuro las crisis humanitarias que podrían devengar en fenómenos migratorios, lo anterior en vista de que las aproximaciones filosóficas todavía se encuentran lejos de legitimar, dar viabilidad fáctica y la justificabilidad ética del fortalecimiento de los derechos humanos en contraposición a la seguridad nacional y las restricciones de movilidad humana.

Las dos caras de la moneda

Cony Pedraza, México

...a través de la cerradura se veía la calle. Miré por la pequeña silueta enmohecida con intriga: Pasó un grupo de niños que vestían ropa remendada con parches, ropa manchada de lodo, ropa desgastada, ropa raída; iban hacia el rumbo de los cañaverales. Algunos iban jalando una carreta repleta de niñas, otros seguían al otro, y aquél a otro más, en fila. Los seguía un hombre con notorio cinturón de hebilla quien llevaba entre las manos zarpas postizas y orejas de burro, al parecer de cartón. Ninguno corría para jugar. Ninguno llevaba mochila con útiles. Ninguno sonreía. Eran niños y niñas con cuerpo de niños y niñas, pero sus caras y manos eran de gente mayor; extraños.

La puerta principal de mi casa permanecía abierta durante todo el día, hasta la hora en que los jornaleros regresaban del Ingenio azucarero, justo cuando el sol estaba tan inclinado en el cielo que bañaba por completo el baúl antiguo que se encontraba en el pasillo. Era un objeto muy importante. Su tapa abultada siempre estaba cerrada, aunque, de algún modo, siempre estaba abierto pues la llave se había perdido. A menudo, mi abuela Tomasa me platicaba historias sobre aquél baúl; entonces el tiempo dejaba de transcurrir y yo hacía el esfuerzo de respirar por encimita para poder oír cada detalle.

—¡Tenía monedas de oro! —aseguraba. Me imaginaba las monedas como platos de tazas para té, del color de la luz del sol, apiladas una sobre otra hasta no haber más.

Aquél día me había escondido en el baúl para jugar a que yo era las monedas. ¿Quién se iba a imaginar que yo estaba ahí? Hicieron limpieza del pasillo, mi abuela preguntó por mí. Entonces descubrí que... a través de la cerradura se veía la calle...

Repentinamente lo de afuera quedó lejos y la luz solar entró al interior dando pasos cortos, luego de puntillas. Cientos de bolitas suspendidas en el aire cabalgaron de lado a lado, de arriba hacia abajo; formaron círculos, espirales, resbaladeras y quedaban estáticas, suspendidas, luego se movían de prisa hasta posarse en mis brazos, piernas, espalda, cabeza y, me convertí en bolita.

Salí por la cerradura, atravesé el umbral de la puerta y floté hasta las tejas. Siendo partícula de polvo, me entretuve en corretear la ceniza de la zafra, a los gatos echados sobre el tejado. Reí como nunca, al sentir la maravilla de ir por el aire. Reí y reí. De repente, arreció el viento y fui arrastrada por encima de los cañaverales. Los niños que había visto a través de la cerradura, ahora estaban entre los surcos de caña. Con sus manitas, apenas podían arrancar la maleza, agarraban el azadón a duras penas. Varios de ellos, jalaban la yunta o arrastraban cajas.

Recordé las monedas de oro y mi cuerpecito se hizo de metal y sentí que me iba desplomar. Pasaron frente a mí tableros del juego de damas chinas; incontables canicas cayeron y se volvieron granizo. Niños y niñas corrieron a esconderse abajo del tejaban. El hombre del cinto les colocó en sus cabezas las orejas de burro, les puso garras en los pies y en las manitas les vació carretillas enteras de piedras, hasta que se les volvieron manotas para poder sostener la pesada carga. Ninguno lloró. Salieron de nuevo, en medio del vendaval, a cargar, traer. La ceniza de la zafra que volaba libremente se hizo espesa. Los gatos empezaron a perseguirse entre sí, dando maullidos agudos. Gruesas nubes cubrieron el cielo. La luz del sol se desvaneció.

Abrí la tapa, salí corriendo y nunca volví a jugar en el interior del baúl.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

SCARLET CABEZA
FERNANDO BUSTOS ODZOMEK
PAALMA
PATY LIÑÁN
CHRISTIANE VENTRE
JUAN CARLOS ALMIRÓN
GERALDINE DAYANNA
JOSEBEL ESTEVE CASELLES
MIGUEL CHECA MANCEBO
NIGHAI B.
DANY ADATTO
RINCÓN DE LA PATRIA CHICA
DARWIN REDELICO
ROSVENCER
SEBASTIÁN DEFRANCESCO
MIRIAM OLIVERA LÓPEZ
JOSE LUIS ESPAÑA SÁNCHEZ
NADIA SOARES
LACANTA LETROSA
ANTONIO RODRIGUEZ
II CONCURSO DE ILUSTRACIÓN

NOTA DEL EDITOR: ACTUALMENTE
TENEMOS MÁS DE 90 OBRAS
PENDIENTES DE LECTURA. SI NO ESTAS
ENTRE ESTOS AUTORES, NO TE
DESANIMES, AUNQUE YA TE DIGO QUE
NO PUBLICAMOS TODO, TODO. MES A
MES IREMOS sacando LOS
SELECCIONADOS,

SÍGUENOS

